

universo centro

Cualquier cosa, menos quietos

Número 93 - Diciembre de 2017 - Distribución gratuita www.universocentro.com



6

La mata que cobra

10

La fiesta de la Barbie

12

Carta abierta al amante del vacío

18

Besos de payasa

22

Saga sin familia

24

Criatura divina

26

Habitante de carro



DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDITOR

– Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez

– David E. Guzmán

– Andrés Delgado

– Anamaría Bedoya

– María Isabel Naranjo

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

CORRECCIÓN

– Gloria Estrada

ASISTENTE

– Sandra Barrientos

DISTRIBUCIÓN

– Erika, Didier y Gustavo

Es una publicación mensual de la

Corporación Universo Centro

Número 93 - Diciembre 2017

20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

Camino a los 100

Algunos principales de la prensa escrita han dejado de cortejar a sus anunciantes. Los lectores han comenzado a pesar sus páginas y a pagar según su gusto y sus posibilidades. La báscula se calibra con cada entrega. Se busca la satisfacción, la perturbación o la interrogación del cliente. Todavía hay quienes le tienen más recelo a la palabra cliente que a la palabra jefe, pero entre los sinónimos de cliente se señala al comprador y al asiduo, al peregrino y al afecto.

Hace unos días el diario *The Guardian* anunció la estrategia que logró reducir las pérdidas a veinticinco millones de libras cada año. Ahora los mayores ingresos los aportan ochocientos mil lectores que han decidido que la prensa abierta es gratis pero cuesta. Quinientos mil pagan una membresía mensual por la que reciben algún regalo de sala vip, doscientos mil son suscriptores con papel o contraseña y trescientos mil son donantes individuales, lectores con bolsillo y sin codo. La cifra supera los quinientos mil suscriptores del gran pico del papel en los años ochenta. *The Guardian* se ha resistido a los filtros para lectores. Tiene nueve millones de visitantes únicos diarios y los recibe con las páginas abiertas.

Entre nosotros la gran prensa también ha dejado de cortejar a los anunciantes. No es necesario, los más grandes son sus dueños y sostienen una bonita relación comercial. La pequeña prensa, por su parte, barequea con alcaldes, farmacias, cafés, panaderías, restaurantes y medicina natural. Y muchos lectores han pasado de la prensa paga bajo la puerta a la prensa gratis por encima de la ventanilla. A ellos también nos debemos. Pero otros tantos han calibrado la báscula y saben que el papel no solo es reciclaje y que al final se puede ser lector, cliente, mecenas, amigo y compinche. Se han acostumbrado a pagar por la prensa gratis. A ellos les damos las gracias y nuestra palabra de que habrá letras hasta los 100 y más. También a nuestros donantes a máquina, a lápiz, a pincel y a cabeza limpia. Se cuentan más de 450 entre los que han pasado por nuestras páginas por cuenta propia, por alguna diversión a cambio, por puro parche o por puro desparche. Para ellos que alimentan nuestro correo cada mes va toda la gratitud del antro de redacción.

Universo Centro ha entregado cerca de un millón trescientos mil ejemplares en los nueve años cumplidos imprimiendo. Enviamos a más de cincuenta municipios y dejamos el arrume en más de cuatrocientos sitios en Medellín. Lo hemos visto en la bibliografía escolar y en el pie de foto de los informes académicos. En las legumbres ciertas y en las disfrazadas.

Nuestra vaca, o *cowfunding*, para llegar a los 100 y seguir de largo ha dejado gratas sorpresas e interrogantes. Algo menos de 250 personas le entregaron su aporte al periódico. Llegaron cartas, monedas, giros inesperados y desplanes sorpresivos. Al momento de escribir este editorial la bolsa llegaba a los 32 millones de pesos que servirán para pagar deudas de tinta y papel, tener un pequeño colchón para iniciar el 2018 y alentar proyectos periodísticos que necesitan más que el voluntariado. Sumamos para dejar de ser una empresa deficitaria pero sostenible. Y les damos unos días más, hasta el nacimiento del niño al menos, para apoyen a la prensa que cuenta y miente, que alegra y subraya, que mancha y ríe.

Gracias a quienes leen, escriben, rayan, aportan, critican, comparten y gozan a *Universo Centro*. Feliz 2018 para llegar a los 100. ©



Tarjetas de visita

por PABLO GARCÍA-INÉS

Fotografías: Juan Fernando Ospina

El descanso de las bestias

Me sorprendieron en mi primera visita a la ciudad. Como si del último vestigio de otra época se tratase, los recicladores de Bogotá, pobres entre los pobres, recorrían las calles con su caballo y su carro, recolectando cuanta botella o lata encontraban por los grises suelos de la capital.

Cruel y real metáfora del progreso a dos velocidades: escualidos Rocinantes y Quijotes sin utopía ni magia cabalgaban entre las torres bogotanas sobreviviendo las horas y los días.

La imagen fue común hasta hace pocos años, cuando, ante las protestas de los ciudadanos, el alcalde decidió que ya era demasiado el sufrimiento. Que se debía acabar con semejante injusticia.

Los legisladores se movieron rápido y redactaron un decreto que prohibió de forma estricta el uso de animales como medio de tracción, promoviendo la sustitución por vehículos motorizados.

Pero la realidad se impuso una vez más, cruda como ella es, y hoy los carretilleros recorren las mismas calles con los mismos carros, supliendo con sus espaldas al caballo prohibido, con los hombros embutidos en los arreos, tirando de los pesados carruajes como buenamente pueden.

La ley, que salvó a las bestias de la explotación forzada, condenó a los hombres a ocupar sus puestos.

Y fueron pocos, muy pocos, los que entonces protestaron.



El descanso de la tierra

Pajarito me lo contó sonriendo, y entre sus ojos curtidors por el sol y la guerra se descubría, aunque disimulada, una explosión de felicidad.

Hacia ya más de veinte años que se había instalado en esta paradisíaca playa del Tayrona, en el Caribe colombiano. Los combates entre la guerrilla y los paras le habían expulsado de sus queridas montañas de la Sierra Nevada, y huyendo y huyendo, bajando y bajando, había llegado hasta el mar.

Y como ya no pudo correr más, en esa playa se plantó. Tratando de recuperar en la rutina de las olas la paz alejada de los hombres con fusiles.

Desde entonces sirve cócteles con frutas frescas para los turistas que llegan a la playa solo accesible por el mar. Trabaja sin descanso por muy poco dinero, pero la vida nunca ha sido fácil, dice, ni nunca lo será.

Habita el lugar junto a otras cuarenta personas que viven de los pequeños restaurantes ubicados al pie de la playa.

—Antes trabajábamos los 365 días del año, pero ahora el Gobierno ha prohibido las visitas los miércoles, para que descansen la playa y tengamos un tiempo para la limpieza y la regeneración ambiental. Desde entonces los miércoles son el día de la comunidad —afirma orgulloso—. Recogemos la basura, jugamos fútbol sobre la arena, las mujeres cocinan sancocho y hasta nos bañamos en el mar.

Pajarito es feliz al contarlo, al hablar de su pueblo, de sus vecinos, de su día común.

Y así, en el día diseñado en los despachos para el descanso de la tierra, descansaron sus gentes.

Juegos de niños

Los combates con armas de *paintball* se han convertido en los últimos años en el negocio de moda en los alrededores de Medellín. La publicidad garantiza una tarde perfecta con familia y amigos, al aire libre y con asado incluido. En campos de batalla prefabricados los participantes liberan sus instintos guerreros más primitivos, enfrentándose a bolazos de pintura para conquistar la bandera ajena.

Cuentan los vecinos que muchas tardes, entre semana, llegan al lugar camionetas cargadas con jóvenes de los barrios populares. Que una vez allí, hombres mayores les entrenan en la disciplina militar y en el arte de la guerra de ficción. Que lo hacen tan bien que parece real.

Demasiado real.

¿Será que los juegos de estos niños no son juegos? ¿Será que la guerra siempre supo de disfraces? ¿Será que aprendió el lobo a vestirse de cordero, como aprendió el expolio a vestirse de progreso, la injusticia de voluntad divina, o el narco de gobernante?

Volver a nacer

Es todo un ritual. En esta aislada y selvática región del sur del Chocó colombiano casi todas las orejas se pegan al transistor a la misma hora, ansiosas por escuchar las novedades que ocurren en las orillas de sus inmensos ríos.

Un grupo de locales, afros e indígenas en su totalidad, forman un círculo alrededor de la única radio del caserío. El locutor del programa informativo matinal se muestra más alterado que de costumbre, y comenta la novedad:

—¡Muy buenos días a todos los chocoanos! ¡Información de última hora! Nos llega la noticia. Un buzo minero, paisano de Condoto, ha quedado atrapado en el fondo del río mientras trabajaba buscando oro, aunque parece ser que ha logrado sobrevivir, estamos a la espera de la confirmación de la noticia —cuenta eufórico el presentador.

Los oyentes comentan y especulan sobre la identidad del accidentado, pegando aún más sus orejas a la radio, escuchando impacientes por conocer el desenlace del suceso.

A los pocos minutos el locutor consigue contactar en directo y por teléfono al minero. Ante público y locutor impacientes por los detalles, cuenta que él es un buzo minero con mucha experiencia, un buen conocedor de la profesión a la que ha dedicado la gran mayoría de sus 69 años cumplidos. Cuenta que ayer, como cada día, se sumergió desde la draga para trabajar en el fondo del río, con una manguera en la boca y un motorcillo en la superficie mediante el cual los compañeros le envían el aire necesario para respirar bajo el agua y el lodo. Narra emocionado cómo pasó más de seis horas atrapado a tres metros de profundidad, cuando un corrimiento de tierras le



atrapó las piernas entre piedras y troncos. Cuenta que ya casi se había resignado a morir, cuando sus compañeros lograron sacarle sano y salvo.

—Don Ubaldino, permítame una última cuestión— interrumpe el locutor—. ¿Qué desayunó hoy? Imagino que se habrá pegado un buen festín para celebrar.

—La verdad es que ni pensé en comer. Mi casa se llenó de familiares y amigos que vinieron a visitarme. Ni hambre tenía —respondió.

Don Ubaldino había vuelto a la vida de millero. Y supongo que uno cuando vuelve a nacer lo único que tiene es hambre de abrazos.

Negocio de caballeros

Por aquel entonces Jairo Vélez era un joven con hambre de mundo y aventuras que no conocía más allá de la pobreza sin futuro de su comuna. Contemplaba con admiración y envidia el poder y el éxito de los valientes que habían dado el paso al único negocio lucrativo en el que la gente de su barrio tenía un puesto posible. Quería ser como los narcos, vivir como ellos, y estaba dispuesto a todo para conseguirlo.

Vélez siempre fue un chico fiel y avispado, sin miedo a la muerte y ágil con la moto y el gatillo. Gracias a estas dotes rápidamente fue ascendiendo en la escala criminal hasta convertirse en ayudante de uno de los grandes jefes paramilitares colombianos, quien controlaba el negocio del narcotráfico en la ciudad de Medellín.

Una mañana recibió una llamada del patrón: —Andate para el aeropuerto a las diez en

punto. Va a llegar una persona de mi confianza. Cuidalo como se merece, mostrale la ciudad, llevalo a comer a los mejores restaurantes, que esté servido del mejor perico y las mejores putas —le ordenó.

A rajatabla cumplió la orden del jefe, y todo el día anduvo con el invitado de aquí para allá por los diferentes barrios de Medellín. Bebieron, comieron y festejaron juntos. Le caía bien aquel tipo: alegre, formal, educado, agradecido:

—Cuando vengas a mi tierra espero poder devolvarte tu increíble hospitalidad —le repetía constantemente el hombre con tono amigable y sincero.

Ya en la noche, cuando ambos estaban tomados, cantando y brindando por las bellezas paisas, recibió una segunda llamada del patrón: —Jairo. Mátales.

Jairo conoce bien los códigos. Sabe que las órdenes del patrón se cumplen sin preguntas o acaba uno mismo, y su familia, con tierra sobre el pecho.

Salieron a la calle casi abrazados, se dirigieron al carro y manejó despacio hasta lo alto de una loma, desde donde se divisaba una increíble vista nocturna de Medellín.

Era una noche hermosa. Las luces de los edificios y las casitas populares se entremezclaban en la neblina, formando una gigantesca columna de infinitos fueguitos parpadeantes.

Ambos permanecieron unos minutos en silencio, mirando al horizonte, absortos por la belleza del paisaje.

—Esta ciudad es un gigantesco cementerio —pensó Jairo.

Después dio un paso para atrás.

Se santiguó.

Y cumplió la orden. ☹



¿Vienes Carla?

Carla, Carla.

—Háblele, ella lo está escuchando.

—Carla...

—Suéltete la mano, se la está apretando mucho... Acaríciela, dígame algo —volvió a interceder la enfermera tomándose con suavidad el brazo.

—Carla...

Bajé la voz pero la verdad es que no sabía qué decirle, o no tenía nada que decirle. Le solté la mano y me sequé una lágrima. Tuve que sentarme en el sillón, al lado de la cama. La enfermera se fue, dijo que volvía. Yo me quedé mirando a Carla que parecía dormida. Extendí mi mano hasta su rostro y le dije que la amaba. Esperé que reaccionara, esperé algo que sospechaba no iba a pasar, pero esperé.

—Joven —me llamó la anciana que ocupaba la otra cama y giré mi cuerpo sobre la silla—, me hace el favor y lláma la enfermera... es que me está doliendo mucho.

Me paré y salí del cuarto. No tuve que ir muy lejos pues un grupo de enfermeras departía, entre jeringas y frasquitos, en el corredor justo al frente de la puerta.

—Señoritas, hay una mujer aquí que necesita ayuda.

Todas sonrieron, menos una, la más veterana, que me tocó la espalda y dijo: —Caballero...

Y las otras soltaron la carcajada.

Me sentí ridículo mientras volvía al cuarto seguido por la enfermera y me preguntaba por qué, como es la usanza, no me había referido a ellas por su profesión; era obvio que la palabra que usé era la causa de sus risas.

—Ay siquiera vino, enfermera —la anciana hizo un movimiento brusco—, me está doliendo mucho aquí, donde me pusieron la sonda.

Me desentendí del asunto y volví al sillón. Carla estaba igual, con su pelo organizado sobre la almohada, sus manos extendidas a los costados, su cabeza inclinada un poco sobre la derecha. Pensé, si abriera los ojos lo primero que vería sería a mí... y me diría:

—Yo también te amo, Cecé.

Antes ya me habían dicho así algunas personas, pero escucharlo de ella el día que nos presentaron, dos años atrás, me resultó fascinante. Recién llegaba yo de España y, después de quince años de ausencia, los acentos y la pronunciación de los colombianos me enamoraban.

—¿César Cerdán? —recuerdo que me dijo Carla riéndose—, parece un chiste Cecé.

Dos meses después ya pasaba fines de semana completos en su casa, con ella, y con Mateo.

—Debe salir un momento por favor —interrumpió mis recuerdos un médico que no vi entrar y que se acercaba a la anciana del lado.

Tal vez yo estaba sonriendo porque ambos me miraron extrañados. No dije nada, me puse de pie, rocé con mis dedos el brazo derecho de Carla y salí.

Unas horas antes, ese mismo día por la mañana, Carla y su hijo Mateo, de seis años, se preparaban para su salida sabatina. César había ido muy temprano por buñuelos para el desayuno, hizo café y esperaba que la mujer y el niño se sentaran, al fin, a la mesa.

—¿Pero, qué tanto hacen ustedes?

—gritó César listo en el comedor, hojeando el catálogo que recogió en las escalas del edificio—. Otra vez tarde Mateo —pero no terminó la frase, se detuvo ante la foto de unas sandalias de tacón con precio rebajado.

—¡Es que no encuentro la toalla pequeña! —refunfuñó Carla desde la alcoba.

Buscaba por enésima vez, desesperada, bajo la cama; otra vez en los cajones del armario; otra vez en el morral del niño.

—Podrías ayudarme, Mateo por favor.

Pero como siempre Mateo andaba por las nubes, jugando con cualquier cosa. Era lo mismo cada sábado, la misma carrera de Carla con los preparativos para la clase de natación de su hijo. Esta vez faltaba la toalla y mientras la madre continuaba la búsqueda, el niño se asomó corriendo a la ventana del cuarto persiguiendo una mariposa.

—Ven acá Mateo. ¡No te inclines tanto! ¡Mateo!

El grito seco, corto, y un sonido que no reconoció hicieron saltar de un brinco a César, tumbar la mesa y correr al dormitorio. Desde la puerta vio a Carla petrificada; era una estatua, una estatua blanca que apenas respiraba. Tenía los brazos estirados hacia delante y los ojos puestos sobre la ventana abierta. César preguntaba qué había pasado pero no había respuestas.

Lo que vio desde la ventana de ese quinto piso le dio a César la respuesta menos deseada, la más atroz. Mateo yacía allí abajo, silencioso, quieto.

—¡Mateo! ¿Mateo? ¡Vamos, vamos, en el camino compramos una toalla! —cogió el morral del niño, a César de la mano y bajaron juntos, apresurados, las escalas.

César sabía que tenía que decir algo, pero ¿qué, exactamente?, ¿cómo? Le sudaban las manos, la frente. Carla se había quedado en blanco cuando vio que su hijo se inclinó de más, queriendo atrapar algo, con las manos estiradas y los pies colgando sin apoyarse en la baranda. No pudo correr, no podía alcanzarlo. Mientras bajaba a empellones decidió que nada había pasado, pero también sabía que iba para la clase de natación y en lugar de Mateo llevaba a su novio de la mano.

En el portón del edificio ya se agolpaban vecinos y curiosos. Carla se aferró a César mientras se abrían paso entre la gente, gente que era como maniqués para ellos que solo escuchaban aterrados sus propios latidos, su propia respiración, pero la verdad era que el lugar estaba lleno de vocécitas apagadas que corrían como el agua.

Cuando Carla vio a su hijo tendido y la sangre que empezaba a rodearlo, se tiró sobre él, no escuchó su propio llanto, escuchó la sirena de una ambulancia como si la tuviera a un centímetro de los oídos. César la obligó a pararse y la sostuvo con fuerza mientras subían a Mateo a una camilla y se lo llevaban. Intentó llevarla con él pero otra vez Carla era una piedra pesada, una mole sin sentidos. Un segundo después se movió para desplomarse.

—¡Aquí no puede fumar señor, por Dios! ¿Cómo se le ocurre? —sobreactuado me asaltó un enfermero de delantal azul.

—El cigarrillo está apagado.

Iba a explicarle que en lugares así, donde se prohíbe fumar, me gusta

ponerme el cigarro en la boca, sin encenderlo, solo para sentir que está ahí. Pero opté por decirle que si lo exaltaba tanto lo guardaría.

—Por favor, se evita la tentación de prenderlo —dijo mientras se alejaba pavoneándose como si estuviera en una pasarela.

Hacía rato que el médico que me echó del cuarto donde tienen a Carla se había ido, pero decidí merodear un rato por el hospital, tomé café y ahora esperaba que alguien de la familia de ella viniera a darme noticias de Mateo.

Llevaba tiempo sin visitar una clínica, me molestan su olor, sus colores, sobre todo la vulnerabilidad que nos recuerda, y me dolía pensar en los últimos días de mi madre a miles de kilómetros de su tierra y de su familia, en un invierno gélido en Barcelona.

—César, qué bueno que lo encuentro hermano. Mi tía me pidió que le averiguara... ¿Qué le han dicho?, ¿despertó? —me dijo Luis, uno de los primos de Carla, que se acercaba resollando.

—Nada. Estos médicos me la vuelan. No han hecho nada. De vez en cuando le toman el pulso y se van. El último que la vio dijo que todo dependía de ella, que era su decisión vivir o no, despertar o no.

No sé si Luis me escuchó; estaba coqueteando con una enfermera. Entonces le pregunté por Mateo.

—Eso le iba a decir también. Que ya lo trajeron. Lo tienen abajo, listo para cuando lleguen los de la funeraria —se llevó las manos a la cara, tomó

un respiro y se sentó—. Allá están todos desconsolados, hermano, ninguno se atreve a venir acá, no se escucha una mosca.

No sé cuánto tiempo nos quedamos ahí sentados, sin hablar. Viendo y no viendo pasar médicos, enfermos y enfermeras; sintiendo ese olor a remedio; oyendo susurros y uno que otro lamento. Caí en la cuenta de que nunca le pregunté a Carla por el padre de su hijo. Ella tampoco me habló de él. Son increíbles las cosas que uno llega a pensar en momentos así, en los que todo es confuso, doloroso, triste. Recordé las clases de natación a las que ya no íbamos e imaginé la falta que haría Mateo para el resto de los días de Carla. De repente me puse de acuerdo con los médicos, era decisión de ella salir de ese estado, despertar, moverse.

—Nos vemos, Luis. Yo les aviso cualquier cosa.

El primo levantó la vista y se despidió con la mano.

Cuando entré al cuarto solo estaban las dos pacientes. Tal como las había dejado la última vez que salí de allí. Todavía con el rostro hacia el costado derecho, Carla parecía sonreír. Estaría soñando con nosotros, en la piscina...

—Vamos a ir Carla. A donde tú quieras, con Mateo que nos acompañará siempre, con... con sus hermanitos si quieres... los puedes tener conmigo... —le dije al oído, casi sin aire—. ¿Vienes Carla? ¿Vienes?

Con las piernas temblando, me senté otra vez a esperar. ☹



por GLORIA ESTRADA

Ilustración: Titania Mejía

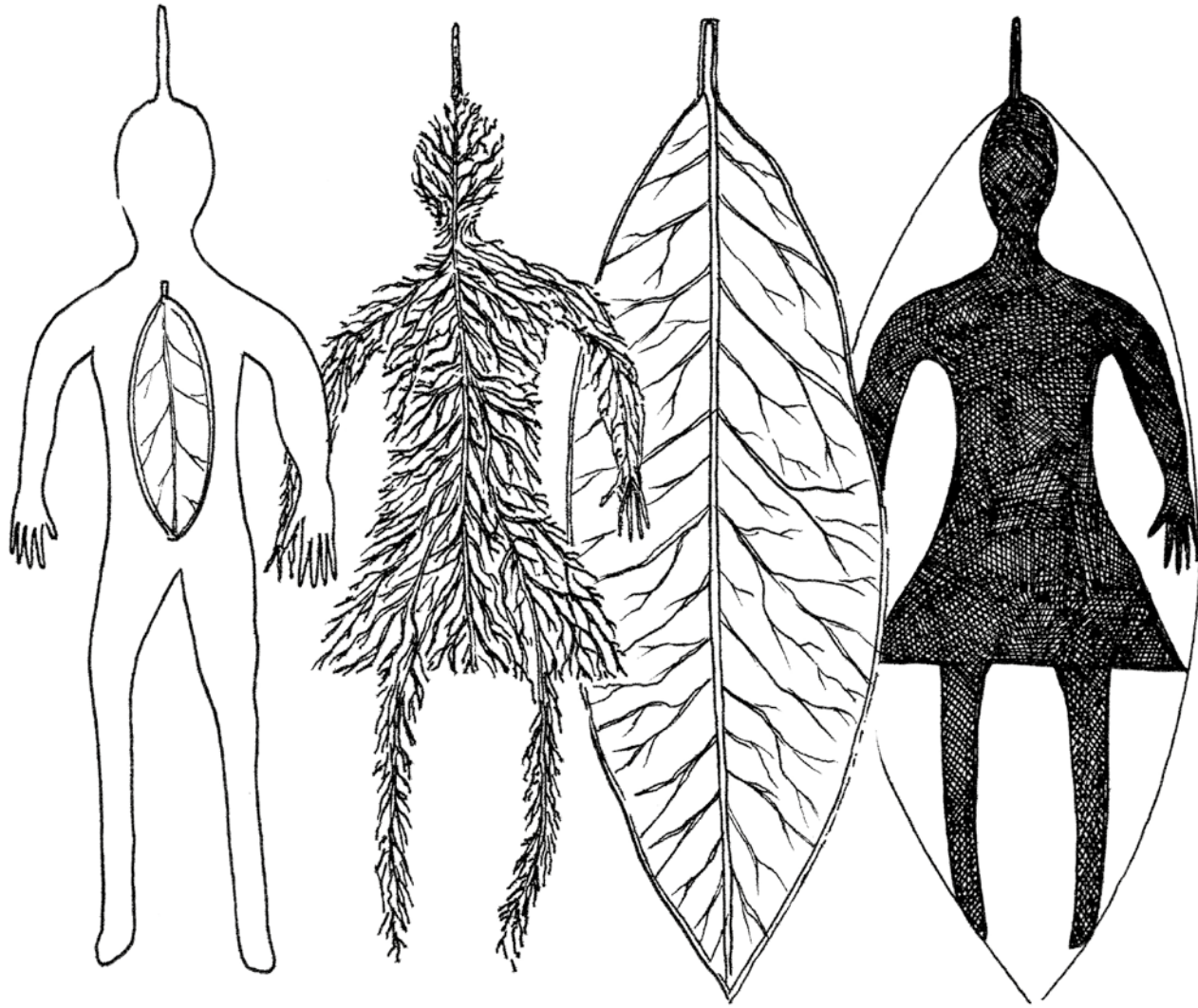
En Colombia cerca de 115 000 familias siembran coca. Casi todas cultivan menos de una hectárea y viven de vender la hoja fresca y de lo que dejan los demás cultivos de su parcela. Una familia con una hectárea recibe, según el informe de Naciones Unidas de 2016, catorce millones

de pesos cada año por sus matas de coca. En abril de este año, investigadores de Dejusticia viajaron al Putumayo a realizar un taller con un grupo de mujeres cocALERAS de la región andino-amazónica. Uno de sus testimonios muestra lo caro que sale vender coca.

LA MATA QUE COBRA

por CAROLINA GUTIÉRREZ

Ilustraciones: Tobías Arboleda



Nací en Cumbitara, Nariño, en 1954. Más o menos a los cuatro años mis papás me llevaron a Puerto Caicedo (Putumayo) y ahí nos dieron una posadita. Luego nos fuimos a unos terrenos baldíos. Éramos cinco hermanos: tres mujeres y dos varones.

Estudí hasta quinto no más. En esa época uno tenía que estar en la casa cocinando, mirando los animales, haciéndoles la comida a los trabajadores. Se sembraba mucho arroz y maíz. Mis padres criaban marranos y cuando se necesitaba carne la traíamos del monte. Pescado sí había. Y para la manteca se mataba el marrano, se fritaba y se echaba la grasa en unas ollas. Éramos bien pobres, teníamos que andar descalzos. Mi madre murió y todavía andaba descalza...

Cuando tenía catorce años una señora le dijo a mi mamá: “¿Por qué no me deja a su hija para llevármela para Venezuela?”. La señora ya me había buscado a mí y me había dicho, “allá usted va a andar bien calzada, va a tener plata, va a comprar buena ropa. Usted está muy bonita. Usted está muy joven”. Y eso me ilusionó.

Entonces me fui con la señora para Venezuela. Viajamos muchísimo: primero a Pasto, luego a Cali, después a Bogotá. Y los nervios empezaron a atacarme. Hasta me enfermé: se me hinchó una muela, se me hincharon los pies. Yo era una campesinita ahí toda llena de nervios, ¿no? Nunca había mirado unas ciudades tan inmensas... En fin...

Llegamos a Puerto Santander, en la frontera con Venezuela, paramos en una cantina y empecé a ver algo sospechoso.

Una señora me dijo: “Quédese conmigo, niña. Quédese conmigo”. Yo no me recuerdo bien como eran las palabritas de ella pero sí era convencidora. Yo le dije que no porque me imaginé que era para prostituirme. La señora que me había llevado se enojó y me dejó botada. Di muchas vueltas y trabajé en varias casas de familia hasta que conocí a la señora Dulci, Dulce María, algo así, y a su esposo que era muy educado.

Llegué donde la señora Dulci y allí pasé como seis años. Fue como encontrar una familia muy hermosa. Me trataron muy bien. Todos lloramos cuando decidí regresarme; eso fue una fiesta de lágrimas porque ellos no querían que me viniera, pero mi madre estaba sufriendo sin mí.

Esa fue mi juventud.

Volví a la casa de mi mamá y todo estaba bien. De ahí me fui para Teteyé (Puerto Asís) donde estaban mis hermanos y mi papá. Me puse a cocinarles a unos paisas que eran aserradores; los paisas son resabiaditos, les gustan las arepitas y todo eso. Duré como un año en ese monte y allá me enamoré de un señor que tenía cuarenta años. Yo tenía más de veinte. Él no era motosierrista, él era el que daba plata pa que sacaran la madera, luego la cogía y la transportaba pa otra parte. Transportaba cedro, comino amarillo, todas esas maderas con las que se trafica. Por eso él era un traficante de madera, ¿no?

Ese fue mi primer amor. Cuando se acabó sí me dio duro pero pasó. Luego me enamoré de otro y ese sí me rompió la cabeza. Era un muchacho joven,

recién había venido del ejército, en fin, me enrolé con él. Me fui para Florencia porque él era de allá. Quedé embarazada, tuve un hijo varón y como al año y medio volví a quedar embarazada. Estábamos pagando arriendo pero escuchamos de una invasión y nos fuimos para allá. Yo templé un plástico y dije: “De aquí no me voy”. Ahí nació la niña.

El resultó ser muy machista. Una vez fui a visitar a mi mamá. Llevaba un mes lejos cuando llamé a una vecina a preguntarle por él y la vecina me respondió: “Pues le voy a decir la verdad. A los ocho días de usted haberse ido, el vecino ya llevó a otra”. Yo ya venía mirando que él tenía algo raro, que podía ser otra mujer. Pero lo que de verdad me preocupaba era la casa, que era mía y de mis hijos. A los dos meses volví a llamar y la misma vecina me dio la noticia de que él había muerto en un accidente en Neiva; era mecánico. Yo estaba en ese dolor de la muerte de él, cuando se me murió la niña de una fiebre. Tenía cuatro meses. ¡Dios mío! ¡Qué dolor! Nunca volví a Florencia.

Regresé a los aserrios, a San Miguel. Cuando regresé ya encontré coca, coca caucana. Eran finales de los años setenta. Mis hermanos estaban trabajando allá. Y como yo no tenía de dónde ganar plata, y andaba con mi hijo, entonces me fui para donde ellos.

Esa coca se cosechaba hojita por hojita. Nos pagaban por arrobos. Un hermano mío empezó a llevarse algunas pepitas para hacer semilleros y nosotros también, pero nos tocaba robárnoslas porque eso estaba prohibido. Ya estaba empezando a propagarse la coca. Los

cosecheros se iban llevando de a dos y tres pepitas, que eran benditas, y todo el mundo empezó a tener su semillero con cinco o seis maticas.

Esa caucana iba muy rápido: florecía, producía la semilla y los pájaros se la comían y la regaban. Uno la iba sacando y trasplantando. Así se propagó la coca. Todo el mundo empezó a cultivarla y a transportarla, y de un momento a otro ya había un aeropuerto a donde llegaban las avionetas para llevársela. En esa época había un señor que le decían Muerto Parado, y otros señores que no recuerdo los nombres. Eran los mafiosos, ¿no?

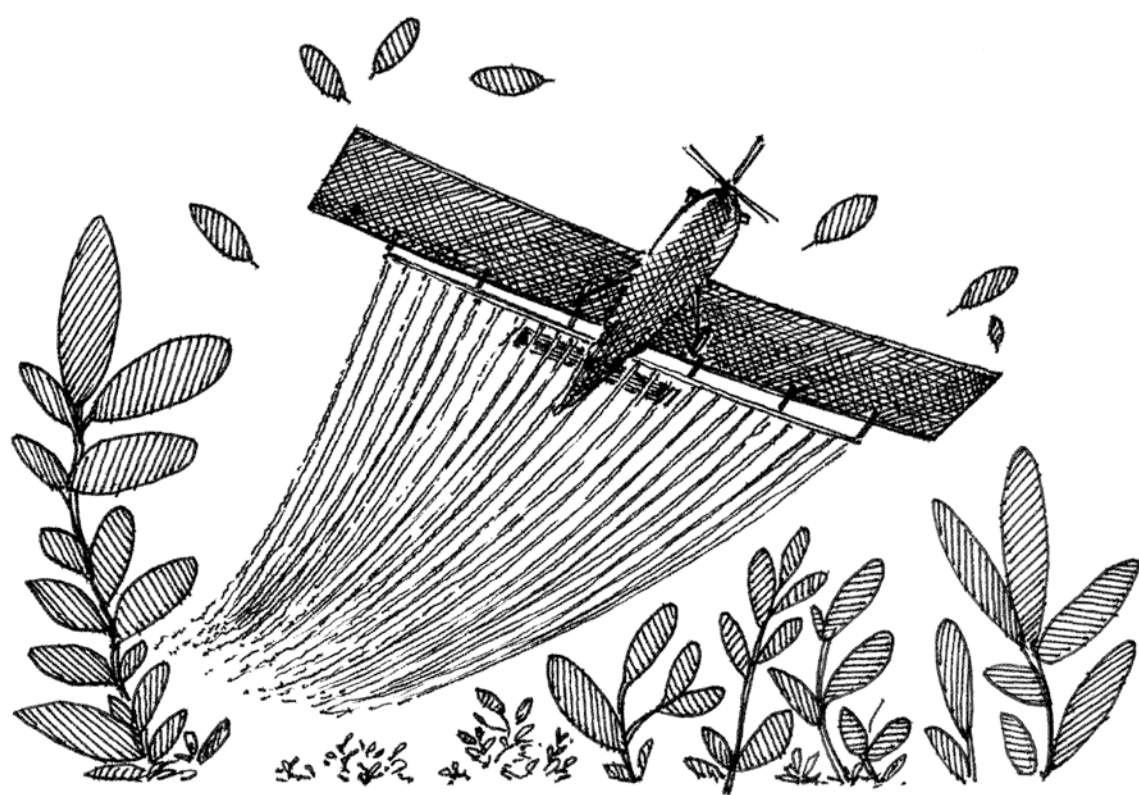
Más o menos a mediados de los ochenta llegó la mata de coca peruana, que era mejor. Porque la caucana si no estaba bien hecha le daba a usted una especie de goma, como el chicle, en cambio la peruana le daba harinita. Esa era la mejor.

Así empezó todo el mundo con la coca. Nos daba plata para vestirnos, para darles el estudio a nuestros hijos, para movilizarnos, para la remesa, para tener animalitos, y tantas cosas que ¡Dios! Pero así mismo los mafiosos grandes empezaron a comprar más armas, más armas, a combatir los unos con los otros. Y empezó la guerrilla de las Farc a involucrarse. Con el tiempo ellos eran los que cuidaban a los grandes mafiosos.

Por esa época yo me conseguí un muchacho y quedé embarazada. Tenía seis meses cuando él me dijo: “Mija, me voy a raspar. A usted no le faltan sino poquitos meses pa la dieta y para tener la bebé. Tengo que conseguir para darle todo a mi hija”. Se fue y nunca volvió. Lo desapareció la guerrilla que porque supuestamente hacía parte de Los Masetos (un grupo paramilitar).

En San Miguel estaban en guerra. Los narcotraficantes habían llevado a Los Masetos para que los cuidaran, y ese grupo llegó matando a los guerrilleros. Andaban vestidos como si fueran soldados: con camisetas negras, camuflados, y armados hasta los codos, se puede decir. Los Masetos empezaron a recoger jóvenes del Ecuador para que trabajaran con ellos, y les prometían buena plata porque estaban patrocinados por los mafiosos. ¡Había plata como un berraco! Las avionetas llegaban cargadas de bultos y bultos de plata, y se llevaban la mercancía. Cuando hacía mucho calor empezaba a apestar a plata.

Pero Los Masetos no solo mataban a guerrilleros. También empezaron a matar a los civiles. Si les robaban, los mataban; si eran viciosos, los mataban... Por ejemplo: si nosotros hubiéramos robado un bulto de plata nos hubieran matado, ¿cierto? Bueno, así era. Ellos los mataban así, mire: le sacaban presa por presa a la persona, le mochaban la cabeza de último y se la colocaban encima. Una vez fuimos a recoger a un vecino para enterrarlo y estaba así. Por eso yo digo que ellos lo hacían de esa manera, y luego los tiraban al río. Eso fue lo que se vio en la guerra por la coca, por la madera y todas esas cosas. Una vez hubo un combate muy berraco y la guerrilla mató a muchos de Los Masetos. Mataron al Seis, que era el mandón de ahí. Entonces la



guerrilla volvió al mando y quemó casi todos los cristalizaderos. Ahí se acabó buena parte del negocio del narcotráfico.

Años más tarde construí mi ranchito en Teteyé. Estaban empezando los noventa. Ahí ya tenía a mis dos niños, al niño que traje de Florencia y a la niña; también tenía a mi papá en la vereda Santa Isabel. Yo iba, le llevaba la remesa y limpiaba un cultivo que sembrábamos con él. Seguíamos con la coca porque era la única que nos producía. Nosotros no fuimos de los que cultivamos cinco, diez, quince, veinte hectáreas. No. Nosotros teníamos por ahí media hectárea, un poquito más. Cosechábamos a veces diez arrobitas, a veces quince arrobitas, a veces cuarenta arrobitas, no más. Nosotros la vendíamos. Nunca la procesamos, solo la vendíamos.

En Teteyé me conseguí otro marido. Yo no era de las mujeres que andaba con uno y con otro. Cuando lo conocí me dije: “Este puede ser el mío”. Yo siempre hablaba con Dios y le decía que me diera un hombre bueno, pero no podía ser ese porque era muy borracho. Trabajaba una semana y tomaba dos. Era muy mujeriego. Y así y todo me comprometí con él. Mi hijo ya tenía once años y no lo quería, en cambio la niña le decía papá y él la contemplaba, la acariciaba... se volvió el papá de ella.

Por ahí al año o a los dos años de vivir con él quedé embarazada. Me fui con mi embarazo a Puerto Asís, a trabajar donde una familia que me dio la mano y ahí tuve a mi bebé: un varón. Por ese tiempo arrendamos unos cultivos en San Miguel (Putumayo) y nos fuimos con los niños. Estábamos en invierno y era muy difícil cultivar. Nosotros métale y métale plata a los cultivos, y nada funcionaba. Les daba gusanos, se les caían las hojas. Lo que sí pude criar fueron gallinas y marranos. Eso sí.

De pronto un señor le ofreció seis hectáreas a mi marido en el resguardo de Yarinal (a una hora del casco urbano de San Miguel). Le pagamos quinientos mil pesos por cada una, y nos dio también la semilla para sembrar la coca. Fue muy duro. Era puro monte: una montaña virgen que tuvimos que socavar para hacer la casa. Mi hijo menor tenía como dos añitos, le daba seno todavía. El otro muchacho ya estaba grande y me ayudaba con los dos pequeños. Fue muy duro.

Allá sembramos seis hectáreas de coca. Alcanzamos a sacar dos cosechas cuando el mismo señor que nos vendió volvió a pedirnos la tierra y a ofrecernos cinco millones por ella. Eso se convirtió en un pleito muy fuerte hasta que finalmente nos reconoció diez millones de pesos. Con eso compramos otra tierra en una zona indígena y allá, con el tiempo, cosechamos.

Ya era el año 2000. Empezamos otra vez con lo de la coca y llevábamos remesas por bultos. Entonces la gente del resguardo empezó acercarse a nosotros: ellos eran más de ochocientos personas y carecían de comida, de ropa, de todo. Nos fuimos organizando en un grupo de mujeres y los maridos nos ayudaban. Al poco tiempo ya teníamos plátano, yuca, maíz, chontaduro. Y algunas maticas por ahí. Entonces llegó la fumiga. Tiraron el chorro en unas partes y la brisa lo esparció. Llegó hasta el plátano, la yuca, el maíz. Perdimos todo. Pero dijimos: ¡Tenemos que seguir!

En ese tiempo empezaron otra vez los combates duros entre la guerrilla, que estaba en el monte, y las autodefensas que estaban en el pueblo. Había bala día y noche. El 23 de diciembre del 2000 desapareció mi papá. No supe más nada de él. Fue un dolor muy grande.

Llegó el 2001. Bajaron las autodefensas y ahí sí ganaron. La guerrilla se hizo a un lado. Y esos señores se tomaron el río, les mocharon las cabezas a los motoristas, los mandaron río abajo y se llevaron los motores. Saquearon todas las tiendas y lo que no se comieron se lo llevaron en las camionetas. Hubo desplazamientos masivos. Se llevaron a varias personas. Así fue transcurriendo el tiempo, ¿no?

Luego vino el 2002. Mi marido trabajaba manejando un carrito para transportar a la gente en Yarinal. Una vez lo pararon que porque era guerrillero. Les dijeron: “Bájense todos,



guerrilleros. Este es el carro de la guerrilla. La guerrilla sí seguía por ahí, iba y venía de Ecuador. Eso para nadie es un secreto: que la frontera está ahí y se presta para todo, ¿no? Pero uno no podía decir nada porque lo trataban de comunicador. Tiene que estar uno con la boca cerrada. Esa vez no pasó nada pero otro día lo volvieron a parar, llevaba veinte pasajeros, los hicieron bajar y nos quemaron el carro.

El 15 de septiembre de ese año fue el más duro. Le dije a la niña que fuéramos a comprar la remesa y algo de útiles para el colegio, porque se le habían acabado. Nos fuimos pero con temor porque nosotros siempre teníamos miedo de salir. Cuando íbamos por el camino había dos niñas solas. No me pareció raro porque en esa época les daba más miedo a los hombres salir a hacer el mercado que a las mujeres. O si nos daba miedo a nosotras, entonces salían las niñas o los niños solos. Uno pensaba que porque mandaba a los niños no había peligro. Entonces esa vez les dije a las niñas que se fueran con nosotras.

Cuando íbamos por la carretera hacia La Dorada, al frente de un colegio que se llama San Carlos, había un retén inmenso. Cuando los paramilitares sentían alguna bulla de guerrilla, o cuando venía un comandante nuevo, se alborotaban. Los paras le estaban pidiendo a todo el mundo que pasaran a unos salones y a unas casas viejas que había al frente. Cuando me tocó a mí fui pero las niñas no, porque eran niñas. Entonces me entrevistó un man, saqué mi cédula y él dijo: “Usted cumplió el 2 de agosto, somos paisanos; usted es del Caquetá, somos paisanos. ¿Por qué no hacemos un cumpleaños?”. Y yo le dije: “No, porque ya el cumpleaños pasó, de pronto pal año que viene”. Como para no demostrarles miedo, yo nunca les demostré miedo a ellos sino coraje...

Cuando salí y fui a subir al carro, estaban metiendo a las niñas a los salones. Entonces me tiré y les dije: “¡No! ¿Qué pasó aquí? ¡Esas son mis hijas!”. Y uno de ellos me respondió: “Señora, tranquila, no se preocupe”, y yo le dije: “Es que yo necesito a las niñas, por qué se las llevaron”. “Es que las niñas también tienen que ir con sus papeles”.

Unos se reían con esa mala fe, como sádicos, como asesinando, y a otros se les miraba en sus rostros como ese dolor, como esa pena. Esas miradas no las puedo borrar todavía porque ellos sí sabían lo que iban a hacer con las niñas. Entonces llegaron otros y dijeron: “Pero es que a la señora también la podemos llevar”. Y me van cogiendo de una mano y entre dos me van llevando a una pieza. Allí había otro. Entre los dos me agarraron de las piernas, y el otro empezó a violarme. Eso fue un dolor muy grande.

Yo perdí la cabeza porque ya ni me acordaba de cómo se llamaban las niñas. Qué horrible es eso, perder la cabeza, perder la mente. Y luego siguieron todos tres. Hasta una parte me acuerdo; otra parte me acuerdo que me golpearon y me halaron el pelo porque yo los mordía. Yo no podía dejar de brincar ni de moverme ni de morderlos. Uno tiene que defenderse, eso yo lo aprendí desde niña porque mis padres me dejaban con los trabajadores.

Cuando salí, solamente me acuerdo que me arreglé, me envolví en la ropa y sentía que mi cabeza estaba inmensa porque los jalones de mechas habían sido pa un lado y otro, para quietarme contra el piso. Esa piezaapestaba,apestaba... había peñillas, calzones, ponchos; una cochinada. Fue una violación horrible... descaradamente, sádicamente... esa gente es algo terrible. Yo doy gracias a mi Dios porque me hubieran podido matar.

Y las niñas... en total fueron más de cuatro horas que pasaron las niñas allá. Yo entré de última y salí de primera. Las niñas salieron igual que yo: las blusas rotas, sin medias, venían manchando sangre, estaban golpeadas. Se aprovecharon de las tres niñas. Ellas tenían entre doce y quince años más o menos. Qué tristeza es eso, a ellas les dolía, a mí también me dolía, estábamos destrozadas. La tristeza más grande.

Caminamos como unos doscientos metros y ahí encontramos un caño que se llama El Zancudo. Empezamos a bañarnos y a arreglarnos el cabello; yo arreglaba a las niñas todas mojaditas. La sangre no paraba de salir. Ya nos fuimos pero con esa vergüenza, yo buscaba la forma de acomodarles las tiras de las blusas. Entonces pasó un carro y nos llevó.

Cuando llegamos a la casa fue muy duro. Le conté a mi marido y nos encerramos en la pieza a llorar. Nos bañamos otra vez. Mi hija quedó marcada para toda la vida. No salíamos para ninguna parte porque el temor nos invadía. Ella quedó con una enfermedad. Ahora tiene dos niñas. Cuando el marido se dio cuenta de que había sido violada empezó a tratarla muy mal, se volvió malo. Ella logró escaparse y llegó a mi casa. Yo estaba refugiada en Ecuador. Llegó flaquita, flaquita.

El 2 de agosto del 2004 me mataron a mi marido. Todo tenía que ver con la mafia. Le sacaron una mercancía y después lo citaron. Él vino a cobrar esa

plata y cuando llegó a La Dorada lo siguieron, lo hicieron bajar del carro y más allá de La Dorada lo hicieron bajar. Ahí quedó, vea, lo mataron.

Llegué un sábado por la tarde a reclamarlo. Hablé con esos de las autodefensas, les dije hasta de qué se iban a morir: “Me lo entregan porque él no tiene nada que ver con ustedes”. “Ah, ¿no que es guerrillero?”. “No señor, ¿cuál guerrillero? Yo duermo con él, vivo con él y sé qué es él. Es un padre que trabaja para sus hijos y para su esposa, y sirve a la comunidad”. “Ah no, es que él no era guerrillero, era miliciano”. “No señor, ¿cuál miliciano? Él no era ningún miliciano, así que me lo entregan. Se quedarán con la plata pero a mí me lo entregan”.

El día domingo salió mucha gente de Yarinal a respaldarme, a acompañarme. Yo no tenía ni pa darles un café a todita esa multitud de gente que fue al entierro, porque él era un señor que se había ganado la gente. Era tan colaborador, tan social. Todo San Marcelito fue vestido de luto.

No me había podido recuperar de la muerte de mi marido cuando nos sacaron desplazados del territorio, dejando todo, todo, todo. Nunca más regresé. El 18 de octubre del 2005 me fui a refugiarme a Ecuador y volví en el 2016. Ahora tengo una piecita en La Dorada que arriendo. Y a Yarinal voy a reuniones. Tengo mi asociación de mujeres y me siento contenta trabajando con ellas.

¿Qué hacemos nosotros ahorita con esta paz? El gobierno nos ha mandado al Ejército para que siga erradicando y llevando gente presa. Eso no es paz de parte del gobierno. ¿Cuántos hijos nosotras las mujeres entregamos a la guerra? Yo tengo dos hijos varones y los dos fueron al Ejército.

Yo tenía mi finca bien cultivada, con todo lo necesario. No puedo decir que no tenía coca, porque sí la tenía. Todo el mundo la tenía y de ahí sobrevivíamos porque estábamos abandonados por el gobierno.

Por eso ahora, al acabarse la coca, deben darnos lo que necesitamos. Que lleguen directamente a nuestras comunidades y que a las mujeres cocaleras nos tengan en cuenta. ☺



La imaginación es la verdadera historia del mundo. La vida se derrama de pronto por un hilo suelto.”
Roberto Judrroz

45 Años

confiar®
COOPERATIVA FINANCIERA

UNIVERSIDAD EAFIT®

Inspira«
En un campus la conexión entre conocimientos y naturaleza...

Crea«
Una infraestructura acorde con los avances tecnológicos del mundo...

Transforma«
Desde los espacios de aprendizaje, investigación y extensión a una sociedad

47 Especializaciones | 34 Maestrías | 6 Doctorados | 22 Pregrados
Administración Ciencias Derecho Economía y Finanzas Humanidades Ingeniería

www.eafit.edu.co

Medellín | Bogotá | Pereira | Llanogrande | Virtual
Teléfono: (+57) (4) 4489500
Línea gratuita nacional: 01 8000 515 900
E-mail: posgrados@eafit.edu.co

Vigilada Mineducación

LA FIESTA DE LA BARBIE

por JUAN CARLOS CASTRILLÓN

Fotografía y modelo: Helen Ramírez Baldín

En marzo de 1959 Ruth Handler diseñó una muñeca que marcaría un polémico icono de belleza. Esta ingeniosa dama hizo popular su muñeca en Alemania, en un principio se vendía como una especie de juguete sexual para hombres, y si Freud hablara diría: “Lo reprimido retorna”. Poco a poco llegó a su público definitivo y tanto niños como niñas disfrutaban cambiándole la ropa. Su popularidad fue tanta que traspasó las fronteras para llegar a los Estados Unidos, donde el gigante Mattel compró los derechos y desechó la mayoría de las ideas de su creadora, dándole como consuelo el bautizo de la muñeca con el nombre de su hija Barbie. En su primer año en el mercado se vendieron 350 mil muñecas. En 1971 sus ojos se ajustaron para mirar al frente. Fue tanta la influencia de la muñeca que se convirtió en un referente de moda para los magazines de los periódicos más respetados. En 1980 para acallar las voces y acusaciones que definían la muñeca como

racista, Mattel lanzó al mercado una Barbie negra y en 1992 se atrevió a construir una muñeca que decía cosas como: “¿Tendremos alguna vez suficiente ropa?”, “¡Me encanta ir de compras!”, “¿Quieres tener una fiesta de pizza?”, lo que hizo que la popular muñeca fuera blanco de todos los movimientos feministas. En 1997 diseñaron una muñeca en silla de ruedas, para comenzar a recomponer un modelo de belleza bastante gastado. En 2009 de nuevo la muñeca aparece con una novedad, con tatuajes para adherir a su cuerpo, incluyendo uno para su cadera. En 2010 intentaron una Barbie con una cámara incluida pero el FBI la prohibió. Es difícil tener claro el nivel de influencia de la muñeca sobre la realidad y de la realidad sobre la muñeca. Lo que sí es real es que muchos de los hábitos y estilos de vida de algunas mujeres parecen sacados de un juego de Barbies.

Los nacidos en la década de los ochenta presenciemos la transición de un prototipo de fiesta romántica en un garaje hasta las doce de la

noche, tomando vino de consagrar o vino de manzana, fiesta que cerraba con una balada romántica y un beso mojado que se convertía en la hazaña de la noche. Muchas de nuestras hermanas y primas jugaron con la Barbie y vieron de lejos su convertible y su galán. Muchas veces la adolescencia dejaba claro que las medidas de la Barbie eran muy ajenas al mundo real. Todo cambió cuando los cirujanos plásticos comenzaron su trabajo: cinturas pequeñas, senos grandes y caderas pronunciadas, una mezcla entre la Barbie y la fantasía masculina de afiche de Pirelli. Fue así como muchas mujeres buscaron su sueño de imitar a la Barbie con un par de retoques en el quirófano. Esas mujeres van llegando a los treinta y Mattel y la realidad ahora tienen nuevos modelos y renovadas diversiones para las nuevas Barbies.

Cuando a Luciana y a Luisa les digo que parecen Barbies, las dos aprueban con una mezcla rara de indiferencia y gusto. Luciana tiene 19 y Luisa 21. Vienen de barrios y círculos sociales distintos

y a pesar de eso tienen estilos de vida similares. Las dos, al igual que la versión de la Barbie del 2009, comparten el gusto por los tatuajes y algunas preferencias musicales, y buscan una idea fundamental, defender a toda costa su libertad.

Luciana vive con una amiga, se marchó del precario cuidado de su abuela, que era el último intento fallido de vida familiar después de haber fracasado rotundamente en la convivencia con su madre y su padrastro. Se alejó de ellos por una mezcla de rebeldía y abandono. Estaba matriculada en una carrera universitaria, su madre le ayudaba a pagar la mitad del semestre, pero la rebeldía de Luciana sirvió de excusa para evadir obligaciones.

Luciana es bella, blanca como una dalia, mide 1.71, su cabello es castaño, sus ojos redondos y oscuros. Tiene tatuajes en la pierna izquierda, el brazo derecho, la espalda, el cuello, el costado izquierdo, la pelvis, dos dedos, la muñeca derecha, la cadera izquierda y la entrepierna derecha. Su tatuaje preferido es el de la espalda, está justo donde inician las vértebras de la columna junto al cuello, siempre celosamente cubierto por su cabello, un gato siniestro que para ella encarna la maldad oculta en cada ser humano. Pese a los once tatuajes siente que le faltan figuras para marcar su cuerpo estilizado. Es tan delgada y su pecho tan pequeño que parece una niña de catorce años, aunque sus caderas dicen lo contrario. Sabe que es diferente y deseada. Su vientre es perfecto, plano por capricho de la genética, sin una sola estría, cubierto por un fino bello castaño

y adornado por un *piercing* que lanza un brillo al contraste con la luz.

Como todas las Barbies contemporáneas es nocturna. Su comportamiento y su visión del mundo están en el extremo opuesto de la Barbie que repetía frases de ama de casa. Son unas muñecas bellas pero su conducta puede identificarse más con la muñeca Annabelle de las películas de terror. Concilian el sueño en la madrugada, de dos a tres de la mañana en semana y de cuatro a las diez de la mañana los fines de semana, y se levantan de una a tres de la tarde adornadas por unas ojeraz lozanas que les dan un aire de misticismo. Cuando estudian evitan horarios en la mañana, por lo general no trabajan formalmente, algunas sin vergüenza se identifican con grafitis gastados en el muro de Facebook: “Trabajo actual: Las princesas no trabajan”.

Luisa es callada, utiliza frases cortas con palabras frías para mostrar su carácter, no acostumbra mirar a los ojos cuando habla con alguien. Una mirada perdida al infinito es su gesto más cercano. Es pálida y bella, su piel parece emanar un color amarillo casi enfermizo. Su cabello, bastante corto, está adornado con una tintura que le deja un rubio intenso. Es de estatura mediana y flaca, sus caderas y senos resaltan en sus bailes. Tiene cuatro tatuajes, una libélula en la muñeca izquierda, un tribal en el dedo corazón de la mano izquierda, una orquídea en la pierna derecha, y una cruz en medio de los senos, todos tatuajes pequeños que considera tienen más clase.

Al igual que el resto de las Barbies contemporáneas es capaz de escuchar electrónica durante todo un día y de testa los oficios domésticos. Lleva una relación distante con sus padres con quienes trata especialmente sobre un permiso para una fiesta el fin de semana o para el pedido de un pequeño capricho de moda. Su día transcurre entre los sonidos musicales de David Guetta, LMFAO y guaracha, un nuevo género que mezcla el clásico merengue, el perreo del reguetón y la música electrónica. Es adicta al WhatsApp y a la actualización desmesurada de su estado en Facebook, y tiene una gran capacidad de potencializar el ocio.

Después de las doce de la noche apenas empieza la rumba para las dos Barbies, la fiesta arranca en una discoteca, pero nunca se sabe dónde terminará.

A las tres de la mañana —Luciana se despierta siempre a esta hora—, no sabe por qué, revisa su celular y tiene unas llamadas perdidas, llamados o susurros oscuros, devuelve la llamada. La idea de arreglarse a las tres de la mañana para salir, tomar un taxi e ir hasta una finca a cuarenta minutos, no es muy tentadora. Lanza un madrazo mental por lo absurdo de contemplar la posibilidad, al final como dice ella, “le dañaron la cabeza”. Llegó al sitio a las cuatro y media de la mañana, la reciben con un agua rosada, básicamente un coctel de éxtasis. En el lugar hay un DJ que toca sin piedad guaracha, es su primera fiesta de este estilo. Minutos después llegan unos manes de la vuelta, la miran embelesados, brilla como una rosa blanca en la noche, después de los acostumbrados piropos de traqueteo, le pasan una bolsita con un polvo rosa. Luciana pregunta de qué se trata, “Es *tusi*, pones un poco en la punta de una llave y la inhalas por la nariz”. Mierda, piensa un poco sorprendida, les dice que no y uno de ellos la abraza mientras otro le ayuda a inhalarla. Luciana no siente ningún efecto. Sigue la fiesta y de pronto algo estalla en su cabeza. Son las ocho de la mañana, se pone su vestido de baño rosado, sin preguntarle nada la tiran a la piscina, ahora es ella la que administra la bolsita de *tusi*, dándose sus pases y poniéndola a rodar. La fiesta crece y cada vez Luciana se siente más “involucrada”, cada vez la música más cerca y los demás estímulos más lejanos. El que manda toda la vuelta ya está ebrio, pero ordena traer más whisky y drogas.

A Luciana no le gusta enredarse con ningún tipo cuando está de fiesta, solo disfruta de la música y los confites. Ya está bastante “involucrada” con el *tusi*. Llegó a un punto en el que pierde sus sentidos, no ve bien, todo está un poco borroso, quiere decir algo pero solo salen incoherencias, siente la música “full”. Un pase cada cinco minutos.

Se quebró las uñas, se reventó los labios pero no siente nada, sus pupilas se dilatan al extremo, quizás también se comió una pepa y esto la pone mal. Para el consumo de *tusi*, se estabiliza a punta de Old Parr. La historia se repite hasta las dos de la mañana, una faena de casi veinticuatro horas en pie. Para Luciana ese estado es único, se siente libre, no le importa tener un hombre a su lado, es como descargar cualquier preocupación humana.

La fiesta de Luisa comienza un poco antes, llega a las once y media de la noche, entrega un paquete de confites que uno de sus amigos le pidió que recogiera en otra parte de la ciudad. Por lo general su barra de amigos es invariable, sujetos con poder, control territorial, pero sobre todo con acceso a drogas. Su barra de amigos ya se acostumbró a su estilo histórico, pero el resto de la discoteca mira entre morbo y reproche su diminuto *short* azul, desfileado, que deja ver sus grandes cachetes, listos para moverse al ritmo de la música. Apenas iniciada

la rumba y ya la dama está sentada diez minutos con la mirada perdida, los ojos dormidos, como en un letargo dulce, ya en su sistema central navega una pepa de éxtasis azul mezclada con un poco de whisky, poco, ella no es muy amante del alcohol. Son las dos de la mañana, para salir de ese letargo Luisa siempre utiliza la misma solución: *Tusi* “take tarake take”, puede consumir hasta dos bolsitas por noche, cada bolsita cuesta alrededor de sesenta mil pesos, pero los mejores amigos de Luisa tienen con qué. En la discoteca la fiesta está ácida, es una ronda donde consumen todo tipo de drogas, sin temor de ser observados: unos fuman *crappy*, otros pierden sus fosas nasales en un pequeño frasco, pero Luisa prefiere un pase de *tusi*, ese polvito rosado que la vuelve a la vida, con el que siente que la música está viva y la transporta, que le inyecta un ánimo maniaco del que carece en su vida diurna, que es plana, sin mayor sentido.

Luego del pase, la nena no para de bailar, una maratón endemoniada para tirar paso, se da un pase cada diez minutos y ofrece a los más cercanos, son las cuatro de la mañana y uno de los que ordenan invita a una fiesta en una finca, salen rumbo a San Jerónimo. Todos siguen tomando, Luisa sigue “involucrada” con ese polvo rosado parecido a su suéter y que identifica a las Barbies, su insignia preferida. Al llegar a la finca a las cinco de la mañana la fiesta es en la piscina, el sexo es esporádico y casi que pasa a un segundo plano, ahora solo escucha la música, cada vez baila más encorvada, cada vez su fina figura es más caricaturesca, silenciosa; su viaje es solo un grito mudo, un intento por entender o evadir todos esos líos que a su edad no comprende.

El *tusi* se supone que es una droga de alta gama, se da el carácter de ser un producto selecto, su nombre técnico es 2CB y su composición química es misteriosa, sobre todo en Colombia donde el pirateo no se queda en las películas de temporada y la camisa de la selección. Cuando la ponen bajo la lupa de los químicos encuentran que está compuesta por ketamina, metilsalicilato, MDMA, anfetaminas y diluyentes. Lo que nos lleva a concluir que el *tusi* son las mismas drogas de siempre con un color rosa llamativo y una estrategia de mercado audaz. Otra explicación sobre el origen dice que es un derivado del peyote, planta endémica de México y que solo crece en zonas desérticas.

Algunos mitos de fiesta explican la llegada del 2CB a Colombia con historias que parecen sacadas de la serie *Narcos*. Uno sostiene que un ingeniero químico colombiano trajo la fórmula y lo mataron para obtenerla. Otros afirman que intentaron secuestrarlo y no pudieron, entonces decidieron imitar la droga. Lo cierto es que el producto tiene todo tipo de versiones y rueda por las principales ciudades del país.

Las Barbies actuales ya no toman Cherry, como en los noventa, tampoco toman guaro como recién entrado el año 2000. Las Barbies actuales toman whisky y utilizan un polvo rosado para gritar su igualdad, su llamado al poder, una lucha que las puede llevar a una autolisis. A Luciana estas fiestas la liberan, la llevan a su compleja esencia femenina. Después de esa primera fiesta siguieron muchas más, una fiesta eterna en su cabeza, rituales apocalípticos a los que por momentos no se ve un fin. Para Luisa, estas fiestas son su escape, como aquella ocasión en la que estuvo en un evento de electrónica en Cartagena y la fiesta duró quince días, medio se bañaba, medio comía, solo las sustancias la mantenían en pie.

Luisa y Luciana son como dos niñas echadas a rodar en una bicicleta de la Barbie, sin frenos, por cualquier loma del Valle de Aburrá. ©



Carta abierta al amante del vacío

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO

Ilustraciones: Cachorro

1. El lenguaje de la piscina

El 18 de febrero de 2013, en el auditorio principal del Edificio de Extensión de la Universidad de Antioquia, usted dictó una conferencia titulada “Las verdades de la ciudad y las mentiras del cine”. Al final de la misma, U de A Noticias le hizo una entrevista muy corta en la que usted le pidió un deseo a la posteridad: “Yo quisiera que me recordaran por mi ópera prima cinematográfica”. Yo fui testigo de esas palabras porque estaba esperándolo detrás de cámaras para que me firmara el afiche de dicha conferencia. Cuando por fin me dio su autógrafo, usted seguía bajo el influjo nostálgico de esa sentida frase. No por nada, al lado de su firma escribió lo siguiente: “El lenguaje de la piscina”. ¿Qué significa eso? Como si el *crescendo* de su firma, con el nombre en minúsculas y el apellido en mayúsculas sostenidas, diera cuenta de su hiperactividad e itinerancia, usted se fue antes de que pudiera preguntárselo. Entonces busqué en Google y nada, busqué en toda su obra audiovisual y nada, busqué en sus poemas y nada, hasta que, el 19 de agosto, tras 192 días de búsqueda estéril, desemboqué en su primer libro de crónicas, sí, aquel que tituló con un verso de Pessoa, el verso posterior a “Me senté otra vez a la puerta de mi casa”. Allí, la crónica número diecisiete se titula, precisamente, “El lenguaje de la piscina”. Publicada en 1982 por Hombre Nuevo Editores, su inicio es una predicción: “Dentro de algunos años, quizás no muchos para verlo, mejor, para oírlo, iremos a ver un cine hecho por jóvenes, poetas desde la punta de los pies a la cabeza, y escucharemos, allí en la pantalla, todo lo que ahora oímos sin prestarle atención: ruidos de patio, declaraciones de los novios en los barrios, pronunciaciones cargadas de tics, las calles empinadas de los suburbios recorridas a las seis de la tarde por un murmullo alegre que va azulándose...”. Inicio que predijo un par de hitos y en estricto orden cronológico, porque el primero fue condición *sine qua non* para la realización del segundo: 1) Un artículo de Luis Alberto Álvarez que publicaría *El Colombiano* el 28 de abril de 1985, titulado “Un autor”, en el que, luego de ver con dos días de diferencia sus primeros dos medimetrajés filmados en 16 milímetros, lanza la siguiente afirmación que aún hoy es cierta: que usted “es el realizador más importante del cine colombiano y el único verdadero autor que ha surgido entre nosotros”. 2) Cumplido el primer augurio, elevado a la categoría de autor por el crítico cinematográfico más importante del país, lo segundo que predijo “El lenguaje de la piscina” fue, por supuesto, su ópera prima cinematográfica. A la que usted definió en la referida entrevista con U de A Noticias como “un diálogo total con la ciudad”, o sea a través del motivo por el que desea ser recordado con esa película. Diálogo total que constató el mismo Luis Alberto Álvarez después de ser estrenada en la cuadragésima tercera edición del Festival de Cine de Cannes, el 12 de mayo de 1990: “La manera como quedan plasmadas en imágenes las calles, las casas, las personas, es el primer testimonio fílmico importante de nuestra realidad urbana... Ahora podemos decir que ha surgido una imagen cinematográfica nuestra con dimensión artística y con toda la presencia realista y de verosimilitud que el cine confiere”. Unas imágenes cinematográficas tan nuestras que, un día después, el 13 de mayo de 1990, en el periódico *La Marseillaise*, en un artículo titulado “Las motos de Medellín”, los franceses leyeron: “Esta película no es de nosotros. No es nuestro universo. No es nuestra cultura. Esta película no cuenta nada. Es un signo de interrogación en el curso del festival”. Signo de interrogación que siempre me ha remitido a otro para el que ni siquiera usted tiene una respuesta precisa: ¿Cuándo escribió “El lenguaje de la piscina”, en qué fecha? Como es una crónica basada en su primer cortometraje, un poema visual sobre niños invidentes filmado en 1979, solo se puede asegurar que no es anterior a ese año. Poema visual con el que ganó el primer concurso de super-8 de la desaparecida cinemateca El Subterráneo, cuyo jurado estuvo integrado por Orlando Mora e Isadora de Norden, y presidido por Luis Alberto Álvarez. El fallo fue emitido el 5 de agosto de 1979. “Para mí, para mis

amigos y para Medellín, esa fue la fecha en la que se pasó de la cinefilia a la realización cinematográfica”. Así lo dijo usted en el documental *in memoriam* a Francisco Espinal (1945-2007), cofundador de la cinemateca El Subterráneo, quien, curiosamente, murió tras doce años de ceguera. Al día siguiente, o sea el lunes 6 de agosto de 1979, usted decidió abandonar sus estudios profesionales, desertar de psicología en la Universidad de Antioquia¹. “Estudié psicología porque quería palpar el alma de las palabras, estudiaba psicología, pero me despertaba como poeta”. Luego, a lo mejor ese lunes de ese mes ventoso, el día que se lanzó a la piscina de la realización cinematográfica, seis años antes del artículo de Luis Alberto Álvarez, siete antes de filmar su ópera prima cinematográfica, once antes de estreñarla en Cannes, y 34 antes de firmarme el afiche de aquella conferencia, se empezó a gestar “El lenguaje de la piscina”.

Posdata: Dos meses después un grupo de encapuchados del ELN se tomó el bloque administrativo de la Universidad de Antioquia. Por eso y porque nueve de ellos fueron identificados como estudiantes de esa institución, a quienes expulsaron, el Consejo Superior Universitario canceló el semestre y clausuró la Alma Máter siete meses, hasta mayo de 1980. Ya no había, por lo tanto, marcha atrás.

2. Johnny D. No futuro

“Así que esta es mi vida sin censura. Debería llevar el subtítulo: algunos lo han intentado. No conocemos el futuro, así que tirémonos a la piscina a ver qué pasa”. ¿No le parece que, como si fuera una sinestesia del lenguaje de la piscina, de aquello que oímos sin prestarle atención, en ese par de líneas lo que más resalta son las dos palabras que componen la segunda parte del título de su ópera prima cinematográfica? Sí, segunda parte que surgió de uno de sus actores naturales, de Leonard Fabio Sánchez, apodado el Burrito, por torpe y porque salivaba tanto que no podía vocalizar bien. “Algún día dije, ostentosos, desesperado: estoy dando treinta mil pesos a quien se le ocurra un título para la película”. Y el Burrito le propuso esa máxima del punk. Y no se equivocó, lo asesinaron ocho meses después de ganarse los treinta mil pesos, a los diecinueve años. Ese par de líneas pertenecen al inicio de *La ira es energía*, la autobiografía de John Lydon, mejor conocido como Johnny Rotten, el vocalista de los Sex Pistols. Para Johnny, que nació un año después que usted, bajo el signo zodiacal inmediatamente posterior al suyo, “en la vida todo está interconectado”. De ahí que el lenguaje de la piscina también sea para él un proceso de filtrado bastante personal: sumergirse en una piscina con mucho cloro o aspirar solución salina o lejía es lo único que alivia su sinusitis crónica. Apeló a esos remedios caseros porque los síntomas de sus constantes resfriados, gripas y alergias se volvieron inmunes a las anfetaminas, especialmente al *speed*. “El *speed* no me hace tener ganas de levantarme y ponerme a correr sin parar sino de sentarme, pensar y disfrutar de lo que estoy haciendo... evita que me sienta todo el rato cansado, otra de las secuelas de la meningitis”. Sí, Johnny, al igual que ocurrió con su hermano mayor, también padeció la meningitis. Esa desgracia familiar usted la cuenta en la crónica número dieciséis de su primer libro de crónicas, o sea en la inmediatamente anterior a “El lenguaje de la piscina”, titulada “La inteligencia del corazón”. Su hermano mayor, que había desplazado a su padre como modelo a seguir, principalmente por su inteligencia, “la inteligencia era el padre, el verdadero padre de mi casa”, contrajo la meningitis

1. Allí, usted estudió con fervor a Freud, Chomsky, Lacan, Saussure y Jakobson, muy interesado en el significante de las palabras. Antes de ingresar a la universidad había hecho lo mismo con *El capital* en los grupos de estudio de Estandislo Zuleta, pero, en 1975, reemplazó su simpatía por el marxismo-leninismo con las películas y las columnas de Pasolini, columnas reunidas por Pier Paolo en *Escritos corsarios*, precisamente, en 1975, meses antes de que lo asesinaran y de que se estrenara *Saló*, aquella película póstuma que está entre sus cinco favoritas de todos los tiempos. Y cuando escribió sobre su oficio de director, usted abrió el texto con estos versos del susodicho: “Yo, pequeñooburgués que lo dramatiza todo / quisiera hacer un elogio / de la inmundicia, la miseria, la droga y el suicidio”.



a los diecisiete años, se desconoce cómo. Johnny, por su parte, a los siete, a través de las ratas que se multiplicaban en el sótano de su hogar. Los primeros síntomas de ambos fueron los mismos: migrañas, vértigo, desmayos, insomnio, alucinaciones y ataques de pánico. Su hermano, sin embargo, se recuperó para terminar la secundaria, estudiar inglés en la Universidad de Ohio y ganarse una beca en Harvard. Beca que, lamentablemente, no truncó la reaparición de dicha enfermedad. La meningitis retornó para posesionarse de su hermano y guiarlo al aislamiento absoluto, a vivir sus últimos años en el vacío existencial de la nada: “Mi hermano volvió a casa para pasar diez años sin amigos, en una casi noche de ánimo indiferente hacia los demás, y de estrictas cuentas para con él mismo”. A Johnny, por su parte, la meningitis lo sumió en estado de coma profundo durante más de siete meses, tras los cuales perdió la memoria, al punto de no recordar ni siquiera a sus padres: “Es extraño lo que se borra y lo que no. No me había olvidado de leer, pero no podía hablar, el lenguaje hablado había desaparecido. Yo pensaba que articulaba palabras, pero luego me dijeron que solo emitía ruidos”. Su hermano solo rompió su mutismo de niño lobuno, aquel condicionado por el absurdo lógico, por el lema sin lenguaje no hay recuerdos, para aullar de dolor, para emitir el denominado grito meníngeo: “Mis parientes disfrutaban los ásperos gruñidos que se oían desde el jardín”. A Johnny le silenciaban esos aullidos, causado por la cefalea, drenándole la espina dorsal tres veces al día, en busca de líquido cefalorraquídeo: “Aquello, sin duda, afectó mi postura corporal de por vida. Aquella práctica curvó mi espalda, algo que puede suceder si se drena demasiado líquido... También me afectó la vista. Tuve que llevar gafas durante mucho tiempo, pero al final no las aguanté. Veo bien de lejos, con bastante claridad, pero de cerca hasta cortarme las uñas es una tortura”. En un poema titulado “Los círculos de mi hermano mayor”, publicado el mismo año en que filmó su ópera prima cinematográfica, 1986, usted escribe: “En la reunión familiar del cumpleaños de mi padre / mi hermano mayor permanece sentado / con los ojos disminuidos por

los lentes / como si tuviese otra cara más pequeña detrás de la suya”. Con la mente en blanco, jorobado, John Lydon empieza a refundarse, a dibujar una cara más pequeña delante de la suya, la de Johnny Rotten, que sería una simbiosis entre Ricardo III y Quasimodo: “Personajes que, a pesar de sus deformidades, lograron algo. Ambos me ayudaron cuando me uní a los Sex Pistols”. Sí, lo apodaron Johnny Rotten porque tenía los dientes podridos: “El concepto del cepillado no iba conmigo. Tuve muchísimos problemas de salud debido a esta falta de higiene, yo era tan ingenuo que no me daba cuenta de que ese era el motivo de todos mis males. Tardé siglos en descubrir que los dientes eran una de las causas de mis enfermedades crónicas”. Más adelante en ese mismo poema, “Los círculos de mi hermano mayor”, usted describe la sonrisa permanente de su hermano: “Ha encontrado no sabemos dónde / una dulce amabilidad que nunca baja la guardia / del que viaja en el tren entre naturales de la región / y sonríe hacia el círculo de las miradas”. Esa contractura de los músculos de la cara es uno de los últimos síntomas de la meningitis, conocido como risa sardónica, muy cercano al rictus de la muerte: “El está a punto de marcharse con su ramillete / de venas azules / hacia otros padres y otras voces sin culpa / hacia su reino de dichosos niños con gafas”. Así termina ese poema. “La inteligencia del corazón”, por su parte, finaliza con usted ocupando el puesto de su modelo a seguir, su hermano mayor, con usted explicándole en vano a su hermano menor que existe otra inteligencia, la del “corazón que se ensancha y se enamora del vacío”, la poesía. Antes de descubrir la poesía, de convertirse en poeta o amante del vacío, su primer intento perdido por recuperar a su hermano mayor fue estudiar matemáticas, intento desesperado que devino en su primera deserción universitaria. Después de la meningitis Johnny encuentra muy confusa la concepción matemática del mundo: “Al parecer las matemáticas se me daban bastante bien antes de la meningitis, pero después fue como si esa capacidad hubiera desaparecido de mi cerebro”. Por esa capacidad perdida, por esa pérdida irrecuperable, en el colegio trataban a Johnny como “el tonto del

bote”: “Desde el primer día me pusieron con los peores, los de la «D». De deficientes, claro. Simplemente supusieron que tenía problemas cerebrales y punto”.

Posdata: ¿Sabe cómo recuperó Johnny la memoria? De su método se derivó el título de su autobiografía, *La ira es energía*, de ese mamotreto de más de quinientas páginas publicado en 2014: “Conseguí recuperar la memoria gracias a la ira. A la ira que volqué contra los médicos y las enfermeras que me habían hablado con tanta dureza en el hospital, también contra las personas de mi entorno que, siguiendo los consejos de los médicos, me hablaban con la misma dureza para que reaccionara, me rebelara y mi cerebro se reactivara, en lugar de acomodarme para el resto de mi vida en una plácida inexistencia. Así que la ira se convirtió en una importante fuente de energía para mí”.

3. So it goes

“Deja salir tu ira”. Esas fueron las primeras palabras que exclamó Johnny Rotten a un público masivo, el 28 de agosto de 1976, justo antes de cantar *Anarchy in the UK*. Era el debut televisivo de los Sex Pistols, en el último capítulo, el noveno, de la primera temporada de *So it goes*, musical emitido por Granada, un canal del noroeste de Inglaterra, con sede en Manchester, sin señal en Londres. El presentador del programa era Tony Wilson, un factótum del rock independiente que escribía los contratos con su propia sangre y que solo cometió un error en la vida, no firmar a The Smiths para su sello Factory Records, casa de Joy Division, Happy Mondays y New Order, entre otros. Ahí estaba Tony Wilson, introduciendo a “los primeros heraldos de la fatalidad”, sentado delante de una matriz 3x4 de televisores de catorce pulgadas, doce pantallas que, simultáneamente, reproducían la advertencia más larga de la historia del rock: “Warning! This record contains language of an explicit nature that may be offensive & should not be played in the presence of minors”, veinti-

tres palabras rojas que estarían pegadas en la carátula del *Never mind the bollocks*, ópera prima de los Sex Pistols, a grabarse el 10 de octubre de ese mismo año, 1976. Sí, veintitrés, el número maldito de los grandes anarquistas. Ocho años después, en octubre del distópico 1984, Luis Fernando Caldeón le llevó un recorte del periódico *El Mundo* que sería el germen de su ópera prima cinematográfica, una crónica escrita por Ángela María Pérez acerca de un muchacho llamado Rodrigo Alonso Arango Restrepo, quien estuvo a punto de lanzarse al vacío desde el piso veinte del Banco de Londres, también conocido como edificio Anglo Colombiano, sito en pleno Parque Berrio, corazón de Medellín. Tras una larga conversación una secretaria de la Seccional de Salud de Antioquia, llamada Constanza, logró convencer a Rodrigo Alonso de que ese no era su día D²: “Con él tuvimos la oportunidad de hablar en varias ocasiones y descubrimos su obsesión por el suicidio y los otros intentos fallidos que había tenido”. Obsesión e intentos fallidos que encajaban muy bien con el título de la crónica: “La muerte me tiene miedo”. Crónica que iba acompañada por una foto cenital con un pie de foto bastante redundante: “Este es el vacío que vio Rodrigo Alonso”. Naturalmente, usted, como amante del vacío, se enamoró a primera vista de esa foto, tanto, que inspiraría la parte diurna del final ambivalente, dialéctico, de su ópera prima cinematográfica. Tanto, que ninguno de los cuatro guiones que escribió a partir de “La muerte me tiene miedo” tenía diálogos³. Los diálogos llegaron con los actores naturales, y con uno, particularmente, un nuevo hilo narrati-

3. “Volví a preguntarle por qué diablos se quería tirar por la ventana. Sin mirarme, dijo: mañana saldrá en el periódico”. Ese mañana sería el domingo 14 de octubre de 1984, nueve días después del suceso. Rodrigo Alonso quería morir ese viernes 5 porque su madre había muerto, tres meses atrás, un viernes 6: “La cucha se murió un viernes, y le juro, yo me muerdo un viernes”.

4. Con el primero se ganó el premio a mejor adaptación en el VI Concurso Nacional de Guiones de Focine, en 1986, usando el seudónimo: El Vago de Oz.

2. Así califica Johnny Rotten a los Sex Pistols en su autobiografía.

vo, el de los pistolocos. Se llamaba John Galvis, le decían Johncito, sí, otro Johnny no futuro, otro que, como el Burrito, murió a los diecinueve años⁵. En uno de los dos detrás de cámaras de su ópera prima cinematográfica, titulado *Cuando llega la muerte*, lo recuerdan así, telegráficamente: “Asesinado días antes del rodaje. Actor intangible de la película. Muchos de sus pensamientos y expresiones están en ella”. Allí, sin embargo, erraron el año de nacimiento, en lugar de 1967, pusieron 1969. En el otro, titulado *Mirar al muerto, por favor*, se lee: “John Galvis permitió, a través de su confianza, que sus amigos trabajaran con nosotros en la película”. Sus amigos eran pistolocos, de los cuales cinco fueron asesinados en menos de cuatro años, en el lapso que separó el rodaje de su ópera prima cinematográfica y su estreno en Cannes, esto es, entre octubre de 1986 y mayo de 1990. Pero solo tres de ellos, además de Johncito, fueron mencionados en la dedicatoria que cierra su primera película: “...Para que sus imágenes vivan por lo menos el término normal de una persona”. Pistoloco: “Aquel que busca desesperadamente purificarse a través de la moda y la ropa. La apariencia es su casa”. De ahí que usted, amante del vacío, se enamorara a primera vista de las existencias de Johncito y sus amigos: “Yo quedé muy enamorado de las vidas de estos muchachos, y empezamos un diálogo que en realidad lo era entre las dos ciudades que coexisten en Medellín”. Un diálogo tan abierto que, argumentando que los jóvenes del Medellín de arriba no le temen a la muerte, Johncito lo convenció a usted de que, a diferencia del Rodrigo Alonso de la vida real, el de la película debía suicidarse al final de la misma, debía lanzarse al vacío desde el piso veinte del Banco de Londres, o edificio Anglo Colombiano. Así es la vida, pudo haber exclamado Johncito tras esa argumentación, *So it goes*, habría traducido Johnny Rotten al otro lado del Atlántico, en su Londres natal. *So it goes*: expresión presente 99 veces en *Matadero cinco*, la obra maestra de Kurt Vonnegut, usada irónicamente por su álter ego cada vez que recordaba un hecho fatal, para indicar que la muerte no significa nada. Una fotografía de la que dan cuenta los dos detrás de cámaras de su ópera prima cinematográfica, tomada en un *break* del rodaje de la secuencia de “El temprano”, sí, la de la piscina, la de la finca abandonada, corrobora la ironía de esa expresión. Es una instantánea en la que aparecen tres de los protagonistas de la película, y justo en el orden en el que serían asesinados a muy corto plazo en la vida real. Se trataba de Jackson Idrian Gallego⁶, Carlos Mario Restrepo y Wilson Blandón, alias el Alacrán. Curiosamente, en esa secuen-

cia de “El temprano” el segundo y el tercero sostienen una conversación acerca de las fotografías, marcada por la deformación de una locución adverbial de lugar:

Carlos Mario: Sí, loco, las fotos son qué bandera.

El Alacrán: Sí, es que a la final una foto lo banderea a uno, loco. A la final una foto para qué, recuerdos, para qué los recuerdos a la final.

Carlos Mario: A la final yo a todas las que tengo les he mochado la cabeza, las he borrado del mapa. Eso es qué azaris. A la final lo boletean a uno.

El Alacrán: Sí, es que las fotos a la final qué va, loco, lo pueden sapear a uno en cualquier momento, le dan a uno dedo. No pagan, es mejor la bareta.

Carlos Mario: Seguro. Y más que todo en este tiempo que uno está tan sicosiado. Que empieza a llegar el diciembre, loco, el diciembre que le matan a uno tantas amistades.

El Alacrán: Yo por eso en estos días, pensando, a la final me voy a punkerizar del todo, y calmado a la final con esos robos...

Punkerizar: verbo que usó el Alacrán en un texto en el que describe el día que lo conoció a usted y a su equipo de cineastas, texto compilado por Augusto Bernal en la colección *Borradores de Cine*. Contexto: El Alacrán está fuera de Medellín y llama a doña Nena, la madre de Johncito, su mejor amigo, para preguntar por él: “Véngase mijo que le tengo algo bueno para usted, pero a Johncito lo mataron”. *So it goes*. Entonces el Alacrán pensó que ese algo bueno sería la pistola 9 milímetros del difunto. Pero no, era usted y los 35 milímetros de su ópera prima cinematográfica: “Cuando yo llegué, ya había una semana que lo habían matado.

Cuando yo vine los manes de la película estaban en la casa de él y yo llegué todo punkero de carretera, todo punkerizado porque andaba en *rotten*”. No sé qué será andar en *rotten*, pero, en *La ira es energía*, Johnny Rotten se autodefinió como “algo que todos podían odiar en igual medida”, sí, como a un alacrán. El Alacrán, por su parte, se autodefinió así en el texto compilado por Augusto Bernal: “En la película actué como yo mismo: el Alacrán”. Así como pronunció las últimas palabras de su ópera prima cinematográfica, “vámonos, loco, que este man a la final se está yendo, vámonos de aquí”, el Alacrán fue el último de los pistolocos que actuó en ella en ser asesinado en la vida real, sí, en octubre de 1990, por policías, que lo estaban buscando por haber asesinado a varios de sus colegas desde que, en abril de ese mismo año, Pablo Escobar le puso precio público a sus cabezas: dos millones de pesos por cada policía dado de baja. *So it goes*. Días antes de correrse la voz de esa millonaria oferta del capo, el 27 de marzo de 1990, asesinaron a Carlos Mario Restrepo, sí, el mismo día que recibió una invitación para asistir a la cuadragésima tercera edición del Festival de Cine de Cannes. *So it goes*. De ahí las palabras de la madre de Johncito: “Esa película fue una premonición, como si la hubiera hecho alguien que sabía lo que iba a pasar”. *So it goes*. Palabras emitidas en *Estar vivo no es la vida*, un documental del 2011 sobre las madres de los pistolocos que intervinieron en su ópera prima cinematográfica, a veinticinco años de su filmación y de que asesinaran al primero de ellos, o sea a Johncito. *So it goes*. Documental cuyo título fue tomado de un poema homónimo de su autoría, escrito en octubre de 1989, para conmemorar el

tercer aniversario del rodaje de su ópera prima cinematográfica. Sí, ya van cinco octubres reseñados en este apartado. *So it goes*. Poema homónimo de su autoría que empieza como empieza esta carta abierta, con usted pidiéndole un deseo a la posteridad, el mismo deseo: “Dentro de algunos años, cuando estos días / de los años ochenta sean vistos desde lejos / puede ser que quienes se interesen / en nuestro cine precario / vean en esta película un signo especial”. *So it goes*. En ella vio un signo especial, por ejemplo, Thurston Moore, el exlíder de Sonic Youth, quien, a petición del British Film Institute, por los cuarenta años del punk, en julio de 2016, elaboró un *top ten* de las mejores películas punk de todos los tiempos, y en el número cinco ubicó a su ópera prima cinematográfica. Además, como si hubiera anticipado esta carta abierta, para el puesto número cuatro eligió a *The filth and the fury*, un documental del 2001 sobre un grupo de punk sin futuro, que apenas duró 29 meses y solo grabó un álbum de estudio, sí, adivinó, los Sex Pistols, los primeros heraldos de la fatalidad. *So it goes*.

Posdata: Esa extraña vecindad en ese *top ten* me inspiró para escribirle esta carta, carta que empecé a elaborar en octubre de 2016, para conmemorar los cuarenta años de la grabación del *Never mind the bollocks* y los treinta de la filmación de su ópera prima cinematográfica. Y sí, se la remití el 8 de febrero de 2017, exactamente cuatro años después de que me firmara el afiche de aquella conferencia. Como no me respondió tras 192 días, mismo plazo que me tomó descifrar qué era “El lenguaje de la piscina”, el 19 de agosto de 2017 decidí publicarla, hacerla abierta. *So it goes*. ☺



5. Diecinueve, edad a la que Johnny Rotten se unió a los Sex Pistols, en agosto de 1975. Año en el que usted descubre la poesía, en un taller de antipoesía de Medellín llamado, obviamente, Nicanor Parra. Año, además, en el que se funda la cinemateca El Subterráneo. Ese primer día como Sex Pistol Johnny llevaba una camiseta que decía *I hate Pink Floyd*. Tras su ópera prima cinematográfica usted también terminó odiando a Pink Floyd, al tener que pagar once mil dólares por 35 segundos de *Wish you were here*, canción que suena, precisamente, en la secuencia que recrea el velorio de Johncito: “Esta era la música que más le gustaba a Johncito, por eso la pongo, y por eso no vamos a llorar”, le dice una señora a Carlos Mario Restrepo, el actor natural que, curiosamente, reemplazó a Johncito en la película, le dice esas palabras mientras le da *play* a una modesta grabadora RQ-551LJS de Panasonic, del distópico 1984.

6. Al que asesina Carlos Mario, azuzado por el Burrito y el Alacrán, al final de la película, y al que usted dio el último adiós, en diciembre de 1988, en un poema titulado “El mejor de mis actores”, y al que luego, en 1991, revivió en *El pelaito que no duró nada*, ese clásico de la oratoria colombiana.

MEDELLÍN|ES

70,80,90

NUEVA EXPOSICIÓN.....
MUSEO CASA DE LA MEMORIA

APERTURA

21

diciembre

2017

“Han surgido al lado del Medellín antiguo, dos o tres nuevos Medellines y están por nacer otros tantos (Medellines)”

Rafael Uribe Uribe, 1914

¡VISÍTANOS!

Parque Bicentenario, Barrio Boston

www.museocasadela memoria.gov.co

En asocio con:

Un proyecto de:

MUSEO

Casa de la Memoria

MUSEO D ANTIOQUIA

Alcaldía de Medellín

Cuenta con vos

Alumbrados EPM

50 años

de historias en Navidad

epm

Alcaldía de Medellín

Cuenta con vos

Celebremos e iluminemos juntos la Navidad en Medellín

Comparte tu historia de los alumbrados en www.alumbradosepm.com o en redes sociales con la etiqueta #AlumbradosEPM.



Besos de payasa

por LUIS MIGUEL RIVAS

Ilustración: Hansel Obando



Aquella aventura pasional con la payasa Wendy tuvo varios y complejos niveles. Por eso me molestó tanto que algunos redujeran mi versión de los hechos a las fáciles etiquetas de machismo, homofobia o incluso “mirada payasofóbica”, como dio en llamarlo un airado forista en internet.

Todo empezó con la propuesta de una revista bogotana para escribir en la sección patrocinada por la marca de teléfonos Ericsson. Pagaban bien y me daban un aparato del último modelo con el que debía tomar tres fotos y entregarlas junto con una crónica de dos páginas. Era un teléfono con funciones inusitadas para ese 2007, como la posibilidad de hablar viendo al interlocutor en la pantalla, a la mejor manera del reloj de Dick Tracy. Un artefacto sofisticadísimo que siempre lamenté no haber auscultado adecuadamente hasta encontrar las funciones telepáticas que estaba seguro debía tener.

El fin de semana previo a la fecha de entrega fue primero de mayo, día de la marcha mundial de los trabajadores, que en Bogotá termina su recorrido en la Plaza de Bolívar. Era un año de

especial agitación social y tensión política. Como hoy, como hace un siglo. Decidí cumplir mi compromiso haciendo un registro del evento, en parte por la importancia del tema y en parte porque me había cogido el día. Llegué como a las cuatro de la tarde y me metí en el corazón de la marcha, tanteando la realidad con ávido y egocéntrico ojo de cronista contemporáneo. Había cierta tensión, cierta rabia, cierta violencia contenida en el ambiente. Como hoy, como hace un siglo.

Al final de la tarde, cuando la movilización se acercaba a la casa de gobierno, la iracundia estalló en forma de rocas y palos contra los escudos de los antimotines. Luego un vendaval de papas bomba hizo parábolas en el aire y cayó en estruendosas explosiones caseras a los pies y detrás de la muralla policiva, de donde salían columnas de agua como palazos que tiraban la gente contra el pavimento. Bombas molotov fueron y gases lacrimógenos vinieron. Carreras, bolillazos, gritos, confusión, tropel. Y en el momento de mayor paroxismo, cuando las tanquetas arremetieron entre bataholas de humo y detonaciones, vi aparecer en medio de

la hecatombe, como surgida del asfalto, junto a uno de los tanques, la figura grácil, liviana y sonriente de una payasa: ancho vestido rojo de boleros con pepas amarillas, gigante nariz redonda sobre una amplia sonrisa blanca pintada alrededor de una sonrisa natural, y el pelo recogido en dos moñas como pequeñas orejas de Minnie Mouse. Observé atónito sus morisquetas de niña en medio del maremágnum y luego la enfoqué con mi súper celular. Ella posó pelando sus minúsculos dientes de ratón. Así salió en la foto publicada en la revista: la mano levantada en signo de victoria y el rostro radiante, como si a su espalda no la acechara un tanque de guerra sino un lindo gatito. Era el acto de rebeldía más sublime que había visto. La revolución de la ternura y la belleza.

Esas fueron las circunstancias que narré en la crónica difundida semanas después por la revista. Lo que ocurrió luego de la marcha, mi historia pasional con la payasa, fue el tema del artículo que publiqué posteriormente, para mi desgracia, en el blog personal Desahogo. A grandes rasgos estos fueron los hechos:

Tomadas las fotos, la payasa y yo nos miramos por un instante y una

explosión como la de los alrededores chispeó entre los dos. La tanqueta avanzó retumbando y la mujer corrió perdiéndose entre la multitud.

En la noche, caminaba por una calle del barrio Ricaurte con su imagen entre ceja y ceja, cuando la vi aparecer, otra vez como surgiendo del pavimento, en la esquina de la Once con Veintinueve. La abordé. Me reconoció y sus ojos (tal cual los míos) volvieron a brillar. La manga derecha del traje estaba desgarrada, con salpicaduras de sangre, pero ella reía sin darle importancia.

Saqué mi súper celular y le mostré la imagen que había captado, orgulloso de mi ojo fotográfico y de la tecnología de la que era poseedor, esperando que ambas cualidades me ayudaran a ganar su admiración. Miró el teléfono con un desdén que inicialmente confundí con extrañeza. La sonrisa pintada continuó inmutable pero la de su boca carnosa se tensó.

—¿Sabes qué pasó con los muchachos a los que agarró la policía? —preguntó.

—Ni idea —contesté apresurado y seguí pasando las imágenes con el dedo sobre la pantalla en un acto que para la época era casi magia.

—¿Para dónde son las fotos? —preguntó sin atender mi acción.

Pronuncié el prestigioso nombre de la revista con suficiencia. Sus ojos se endurecieron. Pero el gesto de disgusto quedó a medio camino cuando declaró con devoción:

—Yo solo quería volverla a ver, no he hecho más que pensar en usted.

La frialdad de la mirada cedió y la sonrisa se volvió a insinuar. Parecía molesta y atraída a la vez. Como si yo le gustara pero tuviera que despreciarme. La invité a tomar algo. Contestó que tenía una fiesta esa noche y luego de dudar un momento me propuso acompañarla. Era una parranda de saltimbanquis, maromeros, payasos y contorsionistas. Cirqueros militantes que se jugaban la vida en el compromiso de transformar la mentalidad beligerante del mundo a través del circo. Fuimos a un rincón del local y hablamos largamente mirándonos a los ojos, olvidados de las injusticias. En un momento juntamos nuestros rostros y cuando la pelota roja de su nariz estaba a punto de apoyarse sobre el tabique de la mía sonó el celular. Era el editor de la revista preguntando cómo iba con el artículo y cuál tema había escogido. Le mencioné la marcha y se ofuscó. Justifiqué mi tema con febles argumentos mientras ella escuchaba molesta. Cuando corté había desaparecido. No la volví a ver en toda la noche y terminé emborrachándome con un hombre araña y una hada enanos que al final me llevaron a la casa.

Esa semana, a través de los enanos, conseguí su número telefónico y la llamé. Accedí a que nos viéramos sin mucho entusiasmo, pero cuando estuvimos frente a frente su mirada volvió a brillar. Llevaba un vestido a rayas naranjas y violetas y una nariz verde arqueada hacia arriba como un dedo pulgar. La acompañé a una función en una escuela

primaria y luego fuimos a mi casa. Tomamos vino y procedimos a la pasión. En el momento más frenético, cuando los besos habían descorrido gran parte de la pintura de su sonrisa exterior, sonó el teléfono. El editor habló tan fuerte que el aparato parecía en altavoz.

—Jorge, este artículo está muy mameto! No olvides el tipo de público que lee la revista.

Lo despaché lo más rápido que pude prometiéndole revisar el texto. Cuando giré hacia Wendy encontré la mirada fría y la boca apretada. Pregunté si pasaba algo y se limitó a forzar un gesto de condescendencia. Con la música y el licor recuperamos nuestra atmósfera, pero el *ringtone* volvió a irrumpir. Esta vez ella agarró el teléfono y con un movimiento firme casi lo sembró sobre la mesa. Luego sacó de su maletín un lazo de colores y giró hacia mí con un gesto perverso que me excitó.

—Juguemos —dijo.

Una vez desnudo y amarrado a la cama se sentó en mi abdomen y me besó con exasperada brusquedad mientras el *ringtone* insistía enfático y desesperante, como el llanto de un bebé. Cuando levantó la cabeza vi en sus ojos el ardor encendido de un odio enconado que le venía de lo más profundo. Súbitamente saltó de la cama y empezó a ultrajarme, fuera de sí. Vendido, oportunista, indolente, fueron las palabras más decentes que pronunció; las demás: un amasijo de pantano y hiel que no quiero repetir. Parecía tomando venganza, a través mío, de alguna humillación innumerable. Recibí abrumado toda la rabia agazapada detrás de la ternura, el reverso de su angelicalidad. Al final me escupió y salió llevándose mi celular.

Nunca más la volví a ver. Ni los enanos ni ella volvieron a contestar el teléfono. Fue entonces cuando escribí aquel artículo visceral, resentido contra ella y contra el resentimiento. Dolido por la pérdida del amor y de mi celular. En algunos párrafos generalicé para darle un aire objetivo a mi resquemor y hablé de la volubilidad y la perversidad de lo femenino. Pero creo que lo que más levantó ampolla fue el título que le di al texto: “Vieja hijueputa”.

No tardé en recibir una avalancha de insultos parecidos a los que había escuchado de boca de Wendy, provenientes de mujeres desconocidas. Macho atarban androcéntrico, vil piltrafa, fueron las expresiones más decentes que recuerdo. Muchos de los improprios no tenían que ver con el artículo y era evidente que quienes los escribieron solo habían leído el título.

La situación se hizo insostenible y tuve que cerrar la cuenta de Facebook. Reflexioné sobre mi desafuero catártico y concluí que mi rabia no tenía que ver con las mujeres sino con una persona que, en este caso, era una mujer. Decidí volver a publicar el artículo tal cual, solo que cambiando el nombre de Wendy por el de un payaso hombre al que llamé Bartolo. Publiqué esta segunda versión bajo el título “Malparido payaso”, sin sospechar que me estaba metiendo en un problema peor. El grupo Guerra del Tercer Género inundó el foro de mi blog con frases en mayúsculas que me erigían como “otro despreciable representante de la discriminación homofóbica que caricaturiza la identidad homosexual poniéndola en el nivel de la payasada”. A su vez el Colectivo Risa o Muerte me amenazaba e insultaba por minimizar, afe-minándolo, el noble oficio de los payasos. Fue uno de ellos fue quien habló de la “mirada payasofóbica”.

Atribulado pero aún decidido a contar la esencia de mi historia publiqué una tercera versión. Esta vez el ser sonriente a quien encontraba al lado de la tanqueta del ejército era un espíritu etéreo, a la vez masculino y femenino, a la vez payaso y no payaso, a la vez homosexual y hererosexual, a la vez de izquierda y de derecha, a la vez civil y militar, nimbado de belleza y nobles ideales en un primer nivel, y constituido en sus niveles internos por una densa esencia de malququera. Y así titulé el texto: “El espíritu maluco”, al que describía como la síntesis del aspecto más sórdido de un universo mental hecho de multinacionales voraces, payasos guerreros, revistas indolentes, feministas furibundas, machistas atarbanes, gais ardidios, cronistas egocéntricos, manifestantes enardecidos, policías sanguinarios y poderes que promovían y usufructuaban todo eso. Un espíritu en cuyo centro campeaba mi propia oscuridad, mi propia malququera. Publiqué el artículo seguro de haberme librado por fin de malas interpretaciones. Entonces empecé a recibir mensajes en los que se me trataba de periodistucho de mierda dedicado a pendejear con cuentos inventados en un país que se desbarancaba por el abismo de la intolerancia. Que dejara de hacerme pajas mentales —decía un forista del grupo Reconstrucción Nacional— y le diera cara a la dura realidad que nos avasallaba. Que dejara de ser tan payaso y tan marica. ☹



Abrimos todas nuestras puertas para el encuentro de las comunidades de Medellín: **Museo 360**; nos consolidamos como un escenario para nuevas formas de convivencia.

Celebramos que desde el arte y la pedagogía conversamos con las mujeres del entorno del Museo, los fotógrafos de la Plaza Botero, los niños que habitan el centro de Medellín, los comerciantes del centro, los artistas, los visitantes y los transeúntes de este lugar.

Residencias Cundinamarca - Diálogos con sentido - Patio sonoro - Vive la Plaza - La Consentida - Nuevos Lienzos

Nos preparamos para 2018.

¡GRACIAS A TODOS!



360°



SALSA ÉXITOS DEL MUNDO
VOL. 1
UNA MUESTRA DE LA
ACTUALIDAD SALSERA

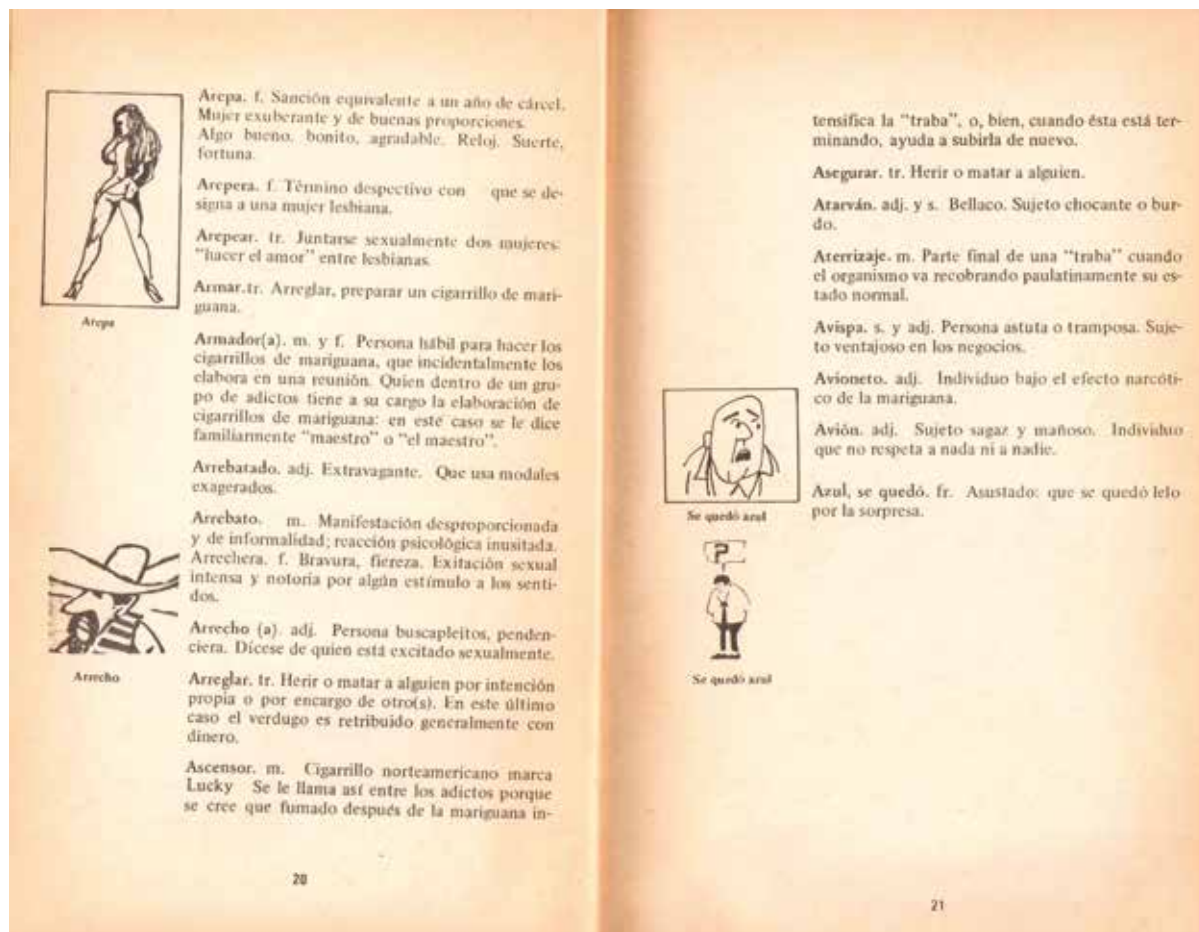
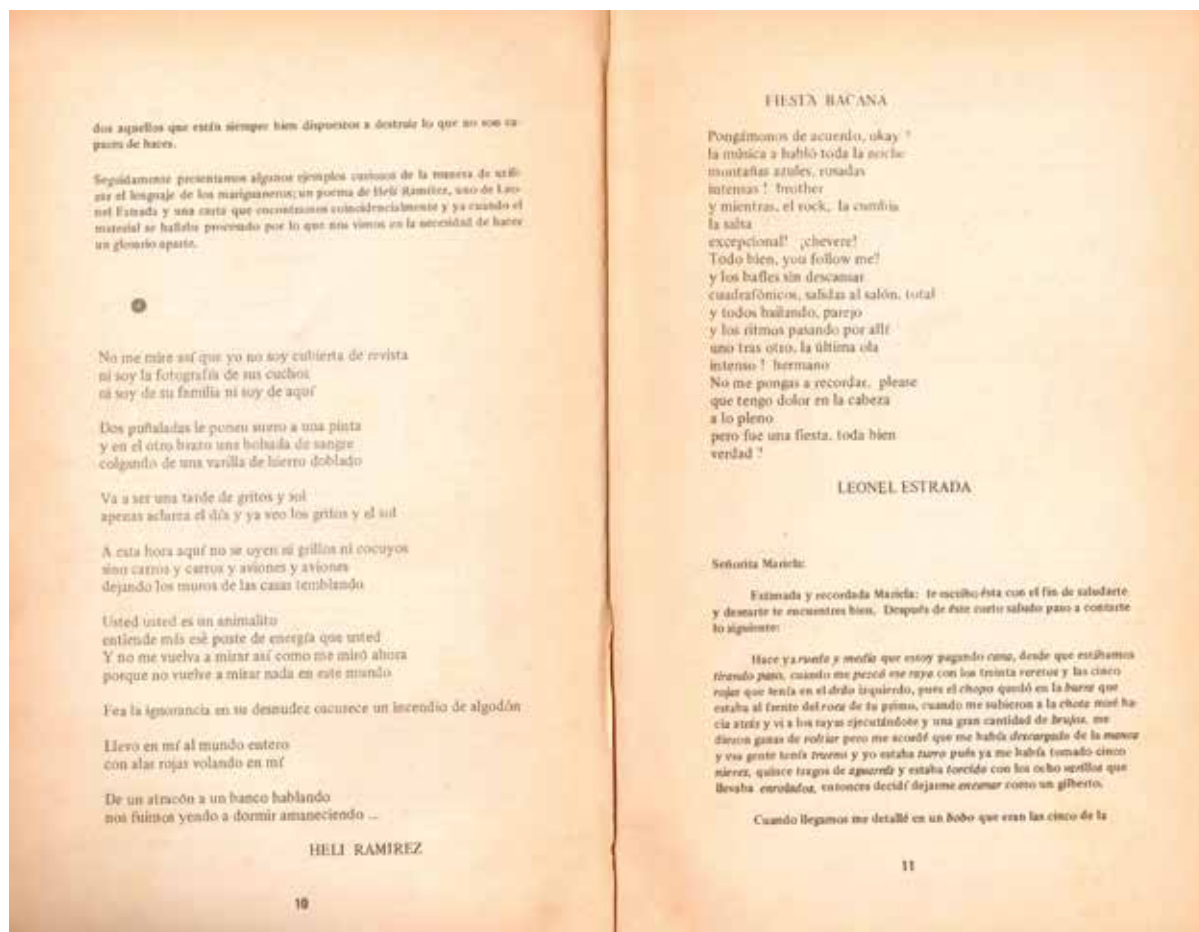
De venta en la sede de Latinastereo y en
latinastereo.com





Un diccionario de mariguane-ros para afinar el lenguaje

Mucho antes de que en la academia se hicieran estudios sobre el habla popular, a la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto había llegado la primera edición del *Diccionario de los mariguane-ros*, escrito a cuatro manos y a dos torres por Germán Suescún y Hugo Cuervo, bajo el sello Brujo Editores de Medellín. El libro difunde la jerga particular del mariguane- ro y aporta al estudio lingüístico y sociológico del medio en el que fuma, y las prácticas de la vida en busca del sueño. Sobre aclarar que el consumidor de yerba se encuentra en todas la clases sociales, como se evidencia en los poemas de Helí Ramírez, bacán y poeta de Castilla, y Leonel Estrada, odontólogo vanguardista de El Poblado. Quema el mariguane- ro estudiante, el burgués, el hampón, el intelectual, el lumpen, el ejecutivo, el obrero, entre muchos otros de la fauna y la flora social.



ENIGMAS AUDIOVISUALES

Le planteé a un amigo, adicto a varias disciplinas (filología, lingüística, fonética, fonología), un asunto que hace tiempos me intriga, el de saber si Simón Bolívar hablaba venezolano; es decir, si tenía el acento de los patriotas de hoy. Me dijo que no, que por esas calendas (casi mediando el siglo XIX), aún no se habían configurado en América los acentos regionales. Según eso, Bolívar y sus compatriotas, y además los colombianos, los chilenos, los argentinos, los cubanos, todos, en fin, hablaríamos el mismo sonsonete, fuera este lo que fuera. Me resisto a creerlo. Sin sustentación alguna, sospecho que nuestros múltiples acentos, nacidos de confusas mezcolanzas hispanas, indígenas y africanas, exigieron mucho más tiempo de formación del que quiere concederle mi amigo. Para no hablar de las innumerables gradaciones que se extienden por todos esos territorios, aumentadas además por factores generacionales, culturales, económicos, etc. Trazar un mapa sonoro de las hablas de nuestro continente es misión imposible; y por eso, que se sepa, nadie lo ha intentado siquiera.

Volviendo al Libertador, frustra nuestra curiosidad saber que, así como no quedan de él registros sonoros, tampoco le alcanzó la fotografía, como sí alcanzó a José Antonio Páez, el León de Apure, su compañero de luchas; por un pelo no ganó el caraqueño ese registro inobjetable, y su imagen real será siempre campo de hipótesis, a pesar de la abundante iconografía de que disponemos. A ese respecto, es preciso mencionar la muy completa *Iconografía del Libertador*, recopilada por el infatigable Enrique Uribe White. Reproduce ese volumen la figura de Bolívar en centenares de retratos. Para mi sorpresa, varios nos muestran un rostro mulato, que no se compadece, en principio, con la apariencia de un señorito de clase alta, bien recibido en la Corte española. Otros —los más— fueron hechos de oídas, y exhiben casi siempre un aura retórica de heroísmo, sin asomo alguno de intimidad. Así, pues, otra misión imposible; o casi.

Pues dos dibujos, a lápiz o al carboncillo, parecen regalar a este cronista la vera efigie de este hombre de aspecto elusivo. Están en el libro que Beatriz González dedicó al prolífico Espinosa, pintor, dibujante, soldado de Nariño, escritor memorialista. El primer dibujo —1830— nos muestra el rostro, ascético y melancólico, de alguien que se sabe acechado por la muerte. El segundo —1828— nos revela a un personaje de amplio sombrero rústico, a quien imaginamos curtido en mil trochas, campamentos y anocheceres de montaña. No es un héroe, es un viajero de muchos caminos.

Tal vez por haber vivido la guerra, Espinosa supo pintar esas intimidades, para mí lo mejor de su obra; como pintor, se entiende. Porque su gran obra es *Memorias de un abanderado*; un libro a mi juicio imprescindible, que hoy muy pocos conocen.

CODA

Todo es destacable en el *Diario* de Jules Renard. El tema es largo y complejo. Quiero regalarte aquí dos reflexiones, o aforismos, de los muchos que pueblan esas páginas: “Al contrario de lo que dice el sermón de la montaña, si tienes sed de justicia, seguirás sediento”.

O esta lección de estilo: “‘Cielo’ dice más que ‘Cielo azul!’.”



DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Saga sin familia



por LÍDERMAN VÁSQUEZ

Ilustración: Verónica Velásquez

Las dos eran bonitas, coquetas, amantes de la ropa cara y la vida regalada. En el estudio nunca rindieron y siempre tenían a mano un espejo. Eran hermanas. La mayor, blanca y de cabellos muy negros, se llamaba Yurledis; la menor, aindiada y también de cabellos negros, Yuley Tatiana. Meticulosas en el aseo corporal, podían, sin embargo, vivir en medio de la suciedad. Se rumoraba que ambas, para aprobar matemáticas, accedieron prontas a los requerimientos de un profesor. El padre consiguió algo de dinero durante la bonanza cocalera y desapareció dejando algunas cabezas de ganado y un almacén bien surtido en el sector comercial del pueblo. Decían que había pasado la frontera y vivía en Barquisimeto con otra mujer. La madre, todavía joven, se metió con un policía. El ganado fue desapareciendo gradualmente, luego la finca. Cuando trasladaron al policía el almacén, lo único que les quedaba, se veía un poco saqueado.

Por los días en que los paras se tomaron Tibú, andaban entre los quince y dieciséis años. No asistían al colegio porque la madre decidió que era una bodega perder el tiempo con muchachas que lo único que aprobaban era la presentación personal, así que las puso a trabajar en el almacén.

Mucha gente huía aterrorizada. Las fincas eran abandonadas, ocupadas por paras y luego vendidas a políticos o

empresarios que recién llegaban a la región. Quienes no huían, sobrevivían al horror volviéndose insensibles. Entre Tibú y La Gabarra a una mujer la bajaron del bus y, delante de los otros pasajeros, la partieron en dos con una motosierra, de la frente a la vagina, luego la picaron, la metieron en una bolsa y la llevaron a La Gabarra. Historias parecidas eran el pan cotidiano.

Los paras, dueños del pueblo, se paseaban en sus motos, gastaban dinero en las tabernas, imponían la ley y limpiaban las calles de viciosos. Si tenías una deuda con un vecino hablabas con un para, le decías que el fulano era de la guerrilla, y la deuda quedaba zanjada. De esta manera se arreglaban las cosas.

Las muchachas del pueblo, incluyendo a las dos hermanas, andaban locas por Johan, el para más apuesto. Sin mucho esfuerzo conquistó a Yurledis y, muy pronto, se fueron a vivir juntos. Los hombres monstruosos tienen un rasgo que acentúa aún más la monstruosidad: el de Johan era el gran amor, sincero, que sentía por Yurledis. Desde que conoció a la muchacha dio muestras de fidelidad.

Vivían en una casa contigua a la estación de policía, llena de muebles nuevos que, en su conjunto, ejemplificaban lo que es el mal gusto. Los fines de semana se iban para Cúcuta con las maletas vacías y volvían con ellas llenas. Yurledis se encontraba en su elemento estrenando ropa de marca, paseando los fines de semana, rumbeando en las

tabernas del pueblo, exhibiendo la imagen de esposa joven, bella y adinerada.

En poco tiempo quedó embarazada. Era tan cuidadoso, tan tierno con la joven en estado de gravidez, que la gente, conociendo como conocía el monstruoso prurito, admiraba la delicadeza de su trato.

Yuley Tatiana coqueteaba con uno y con otro, no se decidía. Un para, de los más crueles, le ofreció el paraíso y ella lo despreció. Salía con policías, con empleados de la alcaldía, con hijos de comerciantes adinerados. Detrás de sus veleidades estaba la sombra de Johan, el marido de su hermana, a quien deseaba entre sus arrebatos. El muchacho estaba tan enamorado de Yurledis que parecía no darse cuenta.

Nació una niña hermosa, rosada, de cabellos negríssimos como los de Yurledis. La joven madre no mostraba interés alguno por su hija, la alimentaba porque había que alimentarla, era descuidada con el aseo, la cargaba sin ganas. La niña crecía y la madre, poco a poco, volvió a las rumbas. Aprovechando las ausencias de Johan, ocupado en sus masacres, empezó nuevamente a frecuentar las tabernas, coqueteaba con policías, con soldados antiguerrilla. Pronto hubo problemas, discusiones, y cuando Johan se atrevió a golpearla, la joven, sin pensarlo dos veces, lo abandonó. Estuvo unos días en casa de su madre, pero muy pronto, ayudada por esta, alquiló una pieza. Feliz con su nieta, para la

abuela no fue difícil asumir la crianza de la niña. Ahora Yurledis estaba a sus anchas y Johan, herido en su orgullo, volvió al licor, al perico, a las mujeres. Se le veía en las tabernas acompañado de dos y hasta tres muchachas, jovencitas de La Gabarra fascinadas por el dinero y el poder. Detrás de los excesos había un hombre débil, desengañado, sin voluntad. Solo bastaba que apareciera Yurledis para que Johan corriera a suplicarle. Porque guardaba la esperanza de que la muchacha volviera con él, no había matado a ninguno de los hombres con los que salía Yurledis.

Una noche en que las tabernas estaban medio vacías Johan conversaba con James, el para que estaba enamorado de Yuley. Hablaban de ganado, de cómo expandir sus tierras—ahora eran propietarios—desplazando a más campesinos de la región. Necesitaban el visto bueno de los jefes y para ello debían hacerlos aparecer como colaboradores de la guerrilla.

—Es muy fácil.
—¿Cómo?
—Les organizamos caletas, luego lanzamos el rumor.
—¿Caletas de qué?
—¡Pues qué va a ser! Armas, papá. Armas para la guerrilla.

En esas estaban cuando apareció Yuley con un hermano del alcalde. James apuró, en menos de dos minutos, tres tragos bien colmados de whisky, fue al baño a darse un pase de perico y cuando volvió la pareja bailaba, pegaditos como

dos enamorados. La cara le ardía. Johan lucía pensativo, triste.

—Qué pasa parece... ¿Pensando en la mujer o qué?

—No me hable de eso hermano...

—Saquemos a bailar a esa perra.

James se dirigió a la barra a pedir un valenato. El hermano del alcalde tenía a Yuley amacizada, la mano derecha ejerciendo presión en la zona lumbar, casi tocando las nalgas bien formadas de la muchacha.

—Perra...

—Sáquela a bailar—dijo Johan.

La muchacha no aceptó bailar con James, en cambio, cuando Johan le tendió la mano, sonrió complacida. Bailaron sin mucha gracia, más bien despegados porque Johan no sabía bailar.

Cuando la pareja se marchó Johan fue al baño a darse un toque de perico y James pidió otra botella de Buchanan's. Tomaron hasta las doce de la noche, esnifaron coca, hablaron de mujeres, de masacres en las que ambos habían participado. De pronto, como si lo hubiera estado rumiando durante mucho tiempo, James dijo:

—Le tengo un negocio, pero aquí no lo podemos tratar.

—¿Negocio de qué?

—Le dije que aquí no lo podemos tratar.

Vamos a mi finca. Yo lo regreso a su casa.

—Deme una pista.

—En la finca le cuento.

La Toyota último modelo arrancó a toda. Dos muchachas, traídas de veredas cercanas, para el gasto, como solían decir, los recibieron. Era costumbre de James conseguir muchachas baratas con quien desfogarse. Siguieron tomando, conversando y dándole al perico. Cuando lo del negocio parecía olvidado James llevó a Johan a una habitación, sacó una maleta del clóset, una maleta llena de dólares. Apartó varios fajos y volvió a guardarla.

—En pesos de los nuestros son cincuenta melones.

—¿Qué hay que hacer?

—Matar a Yuley.

Johan estuvo callado mucho rato, pensando en Yuley, que a esa hora estaría mamándose al hermano del alcalde. También pasaban por su mente imágenes de Yurledis en la intimidad de alguna habitación, gimiendo, haciendo ese rictus obsceno, inconsciente, que en ella representaba el climax total.

—¿Y cuánto vale el hermano del alcalde?

—Por ahora encárgate de tu cuñada.

Despertó al mediodía con un fuerte dolor de cabeza. Sobre la mesa de noche había unas papeletas de perico y un fajo de dólares. Los dólares eran la confirmación del negocio que había cerrado la noche anterior. En el vidrio de la mesita de noche vació dos papeletas, formando un espiral, y, a continuación, aspiró. Sonó el teléfono y lo dejó repicar hasta que alguien del otro lado colgó. Iba a meterse al baño cuando nuevamente el teléfono repicó.

—Aló... Parce... Sí, hoy mismo o mañana por la mañana... ¿Hoy?... Está bien... Sí, sé dónde es, claro... ¿Una fosa?... Listo hermano... Bien... Sí.

Todo estaba preparado. “No va a quedar ni rastro de la Yuley, por puta”, pensó.

El plan era invitarla a Cúcuta y a mitad de camino tomar una trocha. Había un hueco esperando a la muchacha, él solo tenía que volverla cadáver, otros completarían el trabajo. Con el agua desapareció la resaca, la sensación de embotamiento, como si le hubieran inyectado toda la energía perdida. Dio varias vueltas en la moto y en una calle, sin gente a esa hora, vio a Yuley. La abordó. Ella, muy lanzada, buscó sus labios,

se le pegó tanto que él sintió la dureza de uno de sus senos. Como medio en broma, como medio en serio, tanteándola, la invitó a Cúcuta y la muchacha, sin pensarlo dos veces trepó a la moto y arrancaron a toda velocidad. Una hora después Yuley, de dieciséis años, yacía en el fondo de una fosa, dos metros bajo tierra.

Ni siquiera preguntó por qué se desviaban de la carretera. La única puñalada le atravesó el corazón. Murió sin darse cuenta de que moría. Dos paras, tan jóvenes como ella, la arrastraron hasta la fosa y terminaron el trabajo.

Solo cuatro días después la madre notó la ausencia de Yuley. Pensó, inicialmente, que estaba donde unos primos de Cúcuta, y cuando llamó, le dijeron que no la veían desde hacía como cinco meses. Indagó entre los amigos y nadie sabía nada. Con todo, la madre guardaba alguna esperanza. “A lo mejor se fue con un hombre”, pensaba, “ya está grandecita, sabe lo que hace”.

Después de la vuelta, como dicen ahora, Johan hizo una siesta. Esa noche encontró a Yurledis rumbeando en la taberna de la noche anterior. Hablaron.

—Mañana pase por la casa... Le tengo un dinero para los gastos de la niña.

—¿A qué horas?

—En la mañana; usted sabe que siempre me levanto temprano.

Unos amigos, también paras, le hicieron señas desde una mesa como invitándolo. No aceptó. Los saludó agitando la mano y salió. James lo esperaba en su finca. Había Buchanan's, perico y cuatro muchachas de Cúcuta.

—Buen trabajo—fue el saludo de James.

—Hablemos de otra cosa.

—Mire lo que le tengo.

Una de las muchachas se acercó sonriendo.

—Relájalo que anda tenso—ordenó James.

La muchacha lo arrastró hasta la cocina y ahí, arrodillada, como una colegiala que cumple sus deberes, se lo mamó. Cuando estaba próximo a eyacular sacó el miembro de la boca y el semen cayó sobre la cara de la joven. El resto de la noche, hasta que recordó que debía estar temprano en la casa, fue repetitivo: licor, perico, y sexo oral, al parecer la especialidad de las muchachas.

A eso del mediodía apareció Yurledis. Estaba bonita, provocativa, igual o más que antes del embarazo. Le entregó setecientos mil pesos y cuando la muchacha iba a salir la retuvo, la abrazó por detrás, intentó besarla, le rogó que volvieran. La decisión de Yurledis era irrevocable: No. El abrazo terminó en forcejeo.

—Si haces el amor conmigo te doy quinientos mil pesos.

La resistencia fue mermando y, despacio, como luces que lentamente iluminan el escenario, fueron apareciendo las caricias. Otra vez vio en los labios de Yurledis el rictus de placer que tanto lo obsesionaba. Hicieron el amor y al final, como a cualquier puta de ocasión, le entregó los quinientos mil pesos. “Si supieras—pensó— con qué dinero te estoy pagando”.

—La próxima me haces una rebajita—dijo, cuando la muchacha estaba en la puerta.

Inicialmente no experimentó rabia ni tristeza, pero a medida que fueron pasando las horas sintió un bajón y deseos de matar a alguien. Estuvo en las tabernas esa noche y como a la una, todo periqueado, algo ebrio y con las mismas ganas de matar, salió volado en la moto. Al día siguiente, a la salida del pueblo, encontraron el cadáver de un gay. Le habían dado trece puñaladas.

Ahora evitaba encontrarla y dejaba el dinero con la mamá de Yurledis. La mujer,

todavía joven y bastante atractiva, lo recibía bien, incluso, con cierta coquetería. La primera vez, junto con el dinero para la niña, le dio doscientos mil pesos.

—Para usted—dijo.

Tomó la costumbre de ir a ver a la niña día por medio y siempre llevaba un detalle para la suegra. Una de esas tardes el besito no fue en la mejilla sino en la boca. La mujer opuso algo de resistencia, fingida, lo que volvió más picante el encuentro. Empezaron en la sala y terminaron en la cocina. El semen inundó la cara de la mujer. Esa, y todas las veces, dejaba cincuenta mil pesos encima de la nevera. Era su venganza.

Nunca descartó la posibilidad de una reconciliación. Aunque tenía otras mujeres, incluida la suegra, Yurledis estaba siempre en su pensamiento. Sabía que la falta de dinero obligaría a la muchacha a buscarlo y ahora, como este no llegaba directamente a ella, era probable que desesperara e intentara por todos los medios arreglar las cosas. Estaba equivocado. Yurledis hacía frecuentes viajes a Cúcuta donde, a través de una agencia, ejercía el oficio de prepago, trabajo del que obtenía buenos ingresos gracias a que desde el principio tuvo la intuición de prestar sus servicios solo a hombres mayores, entre los que se incluían políticos e industriales exitosos.

Una noche la abordó en el parque del pueblo y lo que empezó como un saludo normal terminó en la más encarnizada discusión, en cachetadas y en insultos. Por primera vez sintió deseos de matarla.

Las masacres habían alcanzado el punto de mayor intensidad en todo el país y Johan, que ahora era comandante, tenía demasiado trabajo, demasiadas cosas que atender, por eso, aunque Yurledis estaba en su mente todo el tiempo, dejó de molestarla. A veces se ausentaba quince, veinte días. Volvía, y, al día siguiente, se marchaba nuevamente, la mayoría de las veces a zonas distantes. La suegra lo atendía con diligencia, le corría en todo: agüita caliente para los pies, masajitos con cremas, mamaditas como a él le gustaban. Le decía papito. Johan, aunque no era muy consciente de ello, estaba amañado con la suegra, le sabía bueno el caldo de gallina madura, como deben estar las gallinas para el caldo.

Tenía meses de no ver a Yurledis, que ahora, ocupada en sus quehaceres, vivía casi todo el tiempo en Cúcuta, y, muy poco, en Tibú. Había madurado minuciosamente la venganza definitiva. Al lado de la fosa donde estaba Yuley otra fosa, mucho más honda, esperaba. Todo salió como lo había planeado. Luego de veinte días de ausencia llamó a Yurledis y le ofreció tres millones de pesos por estar con él un fin de semana. Había tenido la precaución de no pasar por Tibú. La pasó por todos los moteles de Cúcuta, la compartió con dos paras que le ayudaron a completar el trabajo, la vio follar con dos hombres al tiempo y vio, ya sin deseo, el rictus obsceno de sus labios, lo que más le gustaba de ella.

Antes de matarla le señaló el lugar donde yacía Yuley. Experto como era en el manejo del puñal, que no hace ruido, atravesó el corazón de la muchacha que, en honor a la verdad, sufrió poco.

No buscó las tabernas esa noche como era su costumbre después de tantos días por fuera, decidió estar solo, recogido en la casa donde había vivido algunos meses con Yurledis. Se durmió pensando rehacer su vida en otra parte, vender las fincas, el ganado, deseadando meter los pies en agua caliente, sentir unas manos suaves frotándole le espalda. “Me la llevaré, a ella y a la niña”, dijo, y se entregó al sueño. ©



por DAVID E. GUZMÁN

Ilustración: Camila López

Todos sospechábamos que Caliche no iba a ir a la finca del tío Fernando para pasar las fiestas navideñas. Era claro que repudiaba nuestro ambiente familiar donde se confabulaban la debilidad de su espíritu y la crueldad de tíos y primos para aniquilarlo a punta de burlas. Y en época de fin de año su alma delicada sufría aún más con el comportamiento violento de algunos familiares que a floraba sin piedad en momentos como la matada del marrano, el baile con orquesta, la cabalgata con caballo brioso, la pelea del borracho agresivo. Todo le resultaba aborrecible y demasiado ajeno. Yo lo entendía, era el primo diferente, al que le tocaba montar en bus, el estudioso y reservado, el que había crecido lejos de los privilegios y las mañas de la camada arribista y politiquera.

Un 25 de diciembre, después de haber sido objeto de burlas durante la Nochebuena, me dijo, Los tíos son unos trovadores hijueputas. Para qué venís, marica, le respondí. Hacía unos años habíamos jugado fútbol en el mismo equipo, en una atmósfera ajena a la familia, y por eso nos teníamos confianza; quizás en esas fiestas del 24 y el 31 él me veía como un salvavidas de dónde agarrarse. Y así era durante las primeras escenas de la jornada, pero cuando el ambiente se iba calentando y empezaban a batanarlo, me iba haciendo a un lado, me mimetizaba con otros primos y al final terminaba en el bando burlesco. Para qué venís, le repetía. Y él me decía, con un libro de James Joyce en las manos, Para darle gusto a mi mamá, quién se la aguenta si no vengo.

Caliche era de la rama pobre de la familia; a su madre, la tía Fabiola, le solían empacar las viandas que sobraban de las cenas navideñas. ¿Hace cuánto no comés carnita, Liche?, decía algún tío y se escuchaban risas contagiosas. O si de pronto se servía de una botella de whisky, que había de sobra, le decían que le iban a salir llagas en la boca. U otro primo más joven le decía, ¡Esos ribuc son más piratas que Morgan! Eran las cosas que tenía que soportar Caliche cuando iba a la finca. Las tías lo querían mucho, todos lo queríamos, pero siempre, en toda reunión, lo cogían de tema y se burlaban del papá que era profesor en un colegio, y le preguntaban que si el viejo todavía daba clase con la ropa del 75. Y la gente se asfixiaba de la risa delante de Caliche. Oíste, Cali, ¿entonces lo único que le vas a heredar a tu papá es la ropa?, y más risas se oían. Algunos lo azuzaban para que desfilara con su anticuada pantaloneta de baño. Caliche tragaba saliva porque en efecto usaba una pantaloneta narizona que revelaba que aún no le habían bajado del todo los testículos, entonces sonreía con un poco de odio, o tal vez mucho, y si por arte de magia se hubiera visto armado con un changón, lo más seguro es que lo hubiera descargado entero contra todos. Pero Caliche era una paloma, o mejor, una tórtola, y con sabiduría y paciencia manejaba la noche. Al final, cuando ya lo habían vuelto nada y todo el mundo se emborrachaba, él se emborrachaba también. Jamás ponía problema o humillaba a alguien con sus ideas complejas de la vida y la existencia. ¿De dónde sacás

tanta maricada?, le preguntaba, y respondía, ¿Vos no te hacés preguntas?

Aquella vez reaparecía después de dos diciembre. Me sorprendió verlo llegar con su mochilita jipi al hombro, entre Fabiola y Karen, su hermanita; era a los únicos que el tío Fernando mandaba a recoger. Fue y me saludó alegre pero excusándose, Me figuró venir, mi mamá me dijo que eso era lo que quería de regalo. Se había graduado de bachillerato y estaba recogiendo plata para irse a estudiar literatura a Bogotá. Por eso le metí en la cabeza que tenía que ganarse los ochocientos mil pesos que entregaba el tío Fernando al afortunado que encontrara al niño-dios, un buen billete por una figurita de plástico blando con la forma del Divino Niño en pañales reposando en su lecho. Cada 24 de diciembre lo escondían en algún lugar de la finca y era la principal atracción, la única que convocaba a niños, jóvenes, adultos y ancianos; a veces tardábamos un día en encontrarlo, otras veces aparecía al escharbar los primeros musgos. Era tradición hacer equipos de cuatro o cinco personas y repartirse el premio. Caliche se entusiasmó y me propuso que nos uniéramos, le dije que listo, y le prometí que si hallábamos el niño le dejaba más de la mitad del “traído”. Era muy difícil encontrarlo, siempre eran las primas o los primos más pequeños los que se ganaban la plata, los demás nos cansábamos de buscar, perdíamos el interés y nos dedicábamos a tirar voladores, bailar, beber y comer.

Ese 24 Cali estuvo pendiente de cualquier detalle que le diera una pista sobre el escondite del

niño. No sabíamos si ya estaba escondido o si apenas lo iban a esconder. La búsqueda solo podía empezar a la medianoche, una regla que perjudicaba a los que se acostaban temprano o a los que se jugaban muy rápido. Con estallidos de pólvora a lo lejos, el tío Fernando salió insultando y disparó al cielo como era su costumbre. Esta vez con más cuidado porque el año anterior había matado una guacamaya que había comprado en Cristo Rey y a la que le había mandado a hacer una casa especial en un árbol.

Todo el mundo empezó a buscar al niño. A mí me servía la platica y además era una buena venganza que Caliche cobrara el jugoso botín. Pronto descartamos la sala y los alrededores del árbol de Navidad. Por allí vimos borracho a Leoncho, el tío más tomatrigo. Era una roca tirada en el sofá, con su melena crespa y rebujada, su camisa tropical abierta y una bermuda mal puesta. Caliche me susurraba que había visto a la tía Lucely muy sospechosa merodeando al tío, entonces levantamos los cojines del sofá, a ver si aparecía el niño en algún borde, en algún pliegue. Metíamos nuestras manos hasta el fondo de las ranuras y Leoncho no se despertaba, le levantamos la espalda y lo volteamos para verificar en el último intersticio entre los cojines y no tuvimos suerte.

Alrededor de una fogata terminamos la noche, los tíos cogieron las guitarras y empezaron a improvisar trovas. Cali estaba pasando bueno hasta que los humoristas se dedicaron a componer estrofas para ridiculizarlo. Por eso al otro día repetía que los tíos eran unos trovadores hijueputas; masticando esa amargura se fue solo para la piscina, sin desayunar, para aprovecharla mientras llegaba la gente. Yo me quedé metido en el *sleeping*, en el piso, desde donde veía a Leoncho en su misma pose de la noche. A los plebeyos, cinco o seis solteros entre los 16 y los 40, siempre nos acomodaban en la sala. De pronto, Leoncho se levantó, sacó una Karla de la nevera y anunció que iba a pasar el guayabo en la piscina. Salió con pasos torpes y mandándose pequeños tragos, empuñando la botella por el pico. Ahí mismo me abalancé sobre el sofá para quitar los cojines, pero no había nada salvo el hedor etílico impregnado en las telas.

Pobre Caliche, pensé, ahora Leoncho lo va a coger por su cuenta. Con su pantaloneta larga de palmeras coloridas no podía evitar gozarse a Cali con su obsoleta pantaloneta de baño. Fui a su rescate, pero cuando llegué cada uno estaba en lo suyo: Caliche en la piscina con su nadador de perro y el tío Leoncho sentado en una mesa, con la cabeza descolgada y la mirada perdida en el piso. Regresé a la casa, la gente se estaba despertando, que quihubo, que si ya encontraron al niñojesús, que nada, y todos pensando en el desayuno y en buscar al niño, entonces era común ver a una tía molestando con toqueteos y miradas las matas del jardín, o a un primo husmeando en la casa de muñecas, y no faltaba quien levantara la campana del quesito con cierta esperanza. No sería raro, a veces elegían unos escondites traídos de los cabellos.

Caliche se amilanó y se quedó metido en la piscina. Andá a buscar vos si querés, me dijo, si encontrás ese cabrón la plata es tuya. Y siguió con su nadador de perro de aquí para allá. Yo me quedé en la mesa con Leoncho y le robé cerveza mientras me detallaba su aspecto. De repente se paró y se quitó la camisa. Todavía estaba borracho. Cogió impulso y dijo que se iba a tirar un clavado. ¡Quitate langaruto!, le gritó, y Caliche usó las piernas como los tentáculos de una aguamala para alejarse de espaldas. El tío corrió con su barriguita de cuarentón y se lanzó aparatoso, ocasionando un breve tsunami que poco a poco se fue apaciguando a la vez que emergía cada vez más nítido el niño-dios flotando en las olas. En ese momento llegaron varios primos por el escándalo de Leoncho y no tuve otra opción que lanzarme a las aguas en pijama. La criatura divina había pernoctado en los crespos del tío y ahora nacía en un parto acuático, muy a la moda. Atrapé la joya en mi puño y nadé hasta donde Caliche. ¡Maricas, lo encontramos, lo encontramos!, grité mientras chapaleaba de felicidad y sumergía a Cali hundiéndolo de la cabeza. Nuestra ruidosa celebración dejó al divinoniño flotando, entonces Caliche lo rescató de un zarpazo y tras un silencio se lo mostró a la multitud con su mano en alto, El niño, ¡hijueputas!©

Ya puedes disfrutar el **tour** telemedellín

Una nueva **experiencia interactiva** donde disfrutarás, **aprenderás** y jugarás.
Inscríbete en www.telemedellin.tv y podrás entrar gratuitamente hasta el 10 de enero.
Sé el primero en conocer los secretos de la televisión.
Telemedellín **#SiempreConVos**



Recorta este cupón y preséntalo en la Tienda Telemedellín.
Podrás entrar gratuitamente a conocer la magia de la televisión.



Alcaldía de Medellín
Cuenta con vos

Habitante de carro

por PASCUAL GAVIRIA

Fotografías: Juan Fernando Ospina

Un hombre de 60 años empuja con todas sus fuerzas un Mazda 626 LX modelo 1994. La escena resulta extraña incluso para un barrio de talleres donde no todos los carros pueden moverse por sus propios medios. El hombre logra correr el carro unos veinte metros hacia adelante. Solo busca darles espacio a los trabajadores que pavimentan la calle en la que el carro está varado hace cerca de cuatro años. Más tarde deberá devolverlo a su puesto original, justo bajo de la hilera de árboles de mango que dan sombra al andén. Un hombre mueve su casa hacia adelante y hacia atrás varias veces en el curso del día. Su casa no tiene motor, es solo un trasto, una chatarra que rueda cuando un hombre la empuja. Se ve distinto un carro abandonado cuando es el camarote de un hombre que busca refugio.

Al menos tres años ha vivido Papeto de ventanillas para a dentro. Primero en el Mazda KNV 000, luego en una camioneta vieja a donde el dueño de su tiesto lo mandó a vivir para que tuviera pieza y garita, y celara la cuadra. Pero la camioneta se salvó del horno, pasó la revisión técnico-mecánica y Papeto volvió a su refugio original. Le quitó las sillas delanteras y comenzó a guardar los despojos que dejan los días en la calle. “Al principio tenía hasta televisión. La ponía en un armario que tenía en la acera y la pegaba de contrabando a la luz. Por aquí dicen que yo vivo muy bueno, que no pago arriendo, no le corro a nadie y duermo hasta las nueve como los oligarcas”.

El hombre no es en realidad un oligarca pero sí uno de esos ermitaños que desprecian el mundo y se concentran en sus dolores. Darle tres caladas a la pipa de bazuco, dedicarle dos días al altar que construye en una caja de galletas y tirar la puerta con seguro para no atender ni temer a nadie. El carro es una fortaleza para ejercer su desdén de solitario cascarrabias, para cuidarse de la lluvia, de los ladrones, de la envidia, de los ataques a mansalva que incuba la vida callejera. Pero todavía quedan los ratones: “Se meten por los huecos que hay por debajo de carrocería, tengo que taponarlos. Por la noche los oigo ruiendo... Y vaya encuéntrelos pues, me toca desocupar el carro completo”.

Barrio Colombia es su pueblito. Se bandea lavando carros y haciendo mandados. Al lado del Mazda está su bodega alterna. Un ordenado arrume de puertas viejas, marcos rotos, varillas varias, lonas, tapetes de carro, baldes y demás basura apreciable. La bicicleta está recostada

al carro y luce un pequeño cencerro pegado del manubrio: “Esa es la alarma, la cadena no es suficiente. Ya me han goleado varias. Esta la conseguí por quince mil pesos en la Minorista. La bicicleta son mis pies”.

Los pies le recuerdan sus años y sus debilidades. No se mueve mucho más allá de cuatro o cinco manzanas a la redonda. Sus grandes desplazamientos son a la carrera 30 con la 65 a almorzar por cuatro mil en el restaurante Pan y Agua, y al Barrio Antioquia a comprar su postre de humo. Papeto carga todavía dos plomos de los siete que recibió en dos episodios hace casi veinte años. Un atraco en el que le robaron una moto y una gresca que terminó en balacera. Él mismo se sacó cuatro de los plomos esculcándose la piel bajo el ombligo. “Me cautericé con tñer”. No se puede decir que no tiene carrocería y kilometraje. Los médicos le han dicho que lo operan para sacarle ese par de balas pero le aseguran que necesitará usar una sonda luego de ese ajuste de cuentas. Prefiere seguir intentándolo en su taller particular, con sus manos de mecánico sin herramientas. El Tramadol le ayuda a llevar el dolor crónico que dejaron los balazos. Por ese sueño profundo que le dejan las cincuenta gotas diarias el cencerro tampoco es garantía contra los gatos y las bicicletas van y vienen.

Cuando le tiemblan las piernas y se le va el mundo por hambre o por dolores, Papeto repite su oración: “Diosito acordate de mí, llévame, yo ya estoy listo. Pero yo no soy bueno ni para morir”. Esa oración no lo convierte en un hombre triste, tan solo revela la fatiga de quien acumuló encierros en cuatro cárceles y escarmientos que llevan a la resignación. La terquedad del cuerpo y algo de soberbia le dicen que tiene que seguir vivo. Supo de fierros y de embarques, de alardes de duros y de plata que se esfuma, y guarda un orgullo que no han logrado pulir las miserias ni los achaques: “A mí que me maten pero peleando, que me la quite Dios”. Peleando salió del Centro hace más de cinco años. “Pagaba cinco mil pesos por mi pieza en Niquitao hasta que apareció un hijueputa dizque a cobrarme dos mil más por dejarme entrar, oiga a este...”. El tropel terminó con el improvisado portero en policlínica, “me tiró el viajao y se chuzó solo”, y con Pape-to buscando techo en el Barrio Colombia, “desde eso no paso de San Diego”.

El mismo hombre que dice que se voló de su casa a los ocho años por miedo de una pela, que cocinó coca en el Amazonas cuando no había cumplido trece y que estuvo en Tranquilandia con la contraseña de la cédula ahora vive

confinado en cuatro manzanas. “Mi ruina fue un embarque en el fuselaje de un avión. Eran quinientos kilos y mi socio me sapió. Un pelao, no cantó La Marsellesa porque no se la sabía el hijueputa. Quedé en la cana y quebrao”. El hombre de gatillo ahora construye barquitos de madera, pela cables de cobre y engalana las estampas religiosas que se encuentra en las basuras devotas. Las manos pueden ser la salvación de la cabeza. Gastar el tiempo es más difícil que gastar la plata. “Yo soy todero, de todo menos marica, sapo y faltón. Algo hay que hacer cuando no hay trabajo”.

Las desgracias cotidianas de Papeto demuestran que la pobreza solo puede sobrellevarse con algo de servilismo. Un pobre que hace silencio e intenta resolverlo todo con sus habilidades, que tiene mejores palabras que quienes buscan mandarlo, que no estira la mano ni agacha la cabeza siempre será un estorbo. Para los que intentan imponer su ley con el simple pavoneo es un alzo. Para quienes trabajan celando con uniforme y corbata, un vago. Para los que reciclan, un picao. Unos pocos aprecian su trabajo silencioso y sus historias. Pero lo de verdad extraño es que una vida tan limitada, un hombre que ocupa tan poco espacio y hace tan poco ruido, alguien que solo tiene una linterna y un radio intermitentes para la noche, resulte siendo tan importante y gravoso para el Estado. Muchas veces un montacargas movió su carrocasa de la calle al separador y del separador a la calle para evitar los arrebatos de los funcionarios de Espacio Público. En un barrio donde sobran los retazos de carros y maquinaria, donde el tráfico fluye siempre, donde los oficinistas parquean donde se puede, un carro con la palabra *Underground* escrita en las dos puertas delanteras como una enseña, resultó ser un escollo insalvable.

A la ventanilla de la pequeña fortaleza asomaron los funcionarios llamados a proteger el espacio público un miércoles a la una de la mañana. Querían que saliera del carro, que moviera el trasto, que pagara los ocho millones seiscientos mil pesos que debía el Mazda en impuestos, que le diera lustre a la acera, que regara los árboles de mango, que cambiara los bombillos del alumbrado público... que la despegara. “Solo hacemos nuestro trabajo, esta semana van ocho llamadas pidiendo retirar el vehículo”. Cuando se iba armando el tropel llegaron los policías. “Cálmese viejo que usted es bien, si le pega a un man de esos nos toca llevárnoslo. Nada que hacer”, “Pero cómo así que se van a llevar el mío no más, ¿yo soy el único que estorbo o qué?”. Ese día

levantaron diez carros y una casa. No logró sacar su “basurita”, lo montaron a la grúa y se llevaron su ropa, sus “artesanías”, una llave de tubo y algunas llaves corrientes, su colección de lapiceros, su arrume de pilas, sus crucigramas, su libreta de apuntes y su techo. No se sabe si los ratones alcanzaron a salir. Quedó el espacio del carro marcado en la calle, la seña de las cuatro llantas a medio inflar. Pérdida total. “Le tocó perder”, fue la sentencia de los policías. Y ni se arrime por los patios, sin pagar impuestos, multas y grúa no lo dejan entrar. El KNV 000 no se salvará del horno.

Papeto lleva tres meses sin carro. Perdió su cuarto útil, su taller de artesanía y lectura, su camilla de enfermo y el seguro de las cuatro puertas. “¿Que si lo extraño? Como un hijueputa. Pero bueno, el cambuche ya está bien templado, ya no le tiene miedo al viento que silba en esta calle”. Su bodega alterna se convirtió en su nuevo camarote. Un escritorio viejo es el soporte y unas cuantas tablas forman la estructura para sostener las lonas que sirven como paredes y techo. Un balde sirve como escalera para el ingreso y una puerta partida por la mitad le da seguridad en la entrada. Algo de la técnica de los barcos de juguete está aplicado a su cambuche. Unas cuerdas bajan de las “vigas” de madera a las patas del escritorio para dar firmeza, también ayudan a templar las lonas y a darle amarre a ese cubículo donde se empieza a acumular nueva “basurita”.

Otro Mazda 626 LX lo espera a la vuelta de la esquina. Es del mismo dueño que le abrió las puertas de su viejo rancho rodante. Podría empujarlo hasta su orilla y comenzar un nuevo kilometraje: “No, ahhh, yo ya me quedé aquí, no tengo la misma seguridad pero para qué pedir más favores. Para que anden diciéndole a todo el mundo que lo tienen a uno arrimado. Cuando usted



menos piensa se lo cobran. En la calle hay que cuidarse de los amigos y de los enemigos”.

Pero el Estado es el enemigo más persistente, no descansa en la defensa de calles y aceras. Unos días después de que el carro fuera un recuerdo llegaron a tocar la media puerta del cambuche. Tampoco les gustaba ese arrume inútil en una acera olvidada. Hablaron de levantar el entable y Papeto sacó las fuerzas que le deja su inyección de Buscapina, Tiamina y Complejo B de cada quince días. Se puso pálido defendiendo su barca de lonas templadas: “Me tienen es que matar pa sacarme de acá ¿Pa dónde me van a mandar pues?”. Al final la directora del operativo prefirió saldar el asunto y seguir su recorrido: “Dejen el viejo ahí”. Y ahí sigue, muy cerca de los carros relucientes del Centro Automotriz, los carros que enseñan su precio en el parabrisas como una especie de promesa. Muy cerca del

edificio de Bancolombia, el trasatlántico del que apenas le llega una pequeña marea de vigilancia y “basurita”.

Papeto recuerda a un célebre desarrapado de la literatura, el mendigo de la novela *Hambre*, publicada en 1890 por el noruego Knut Hamsun. Un hombre que habla solo, se pregunta y se responde, un hombre que no se acostumbra a sus apuros, que a pesar de todo todavía está dispuesto a los desafíos, un hombre que se grita a sí mismo: “¡Estúpido! Jamás aprenderás a ser hipócrita... ¿Tu conciencia, dices? Sandeces, eres demasiado pobre para preocuparte por tu conciencia. Tienes hambre, eso es, vienes por un asunto importante, el más importante... Por las noches luchas contra las fuerzas de la oscuridad y contra grandes y silenciosos monstruos, tienes hambre y sed de leche y vino, y no los consigues. Hasta aquí has llegado”.



vetusta morla

Mismo Sitio, Distinto Lugar

★ EN CONCIERTO

Teatro Pablo Tobón Uribe

18 de marzo de 2018 - 8:00 p.m.



COMPRA TUS ENTRADAS
EN SALALLENA.COM

Salallena

CARTELERIA CULTURAL
INDEPENDIENTE

WWW.correctores.co

Corrección de estilo
para todo tipo de textos

- Normas técnicas de publicación.
- Corrección de pruebas.
- Transcripción de audios o videos.
- Asesoría para escritura de proyectos académicos o empresariales.

administrador@correctores.co

Frutti Jhon

En el parque principal de Carlos E. Restrepo encuentras lo mejor en comidas rápidas, jugos, malteadas, helados, ensaladas de frutas y otras **delicias para disfrutar.**

Servicio a domicilio
únicamente en Carlos E.

230 40 56

Nuestra comida es un acto de amor y sanación.
Es un momento de conexión con el otro,
por medio del cual tenemos la posibilidad
de recordar que la vida, con toda
su magia y creatividad
es INFINITA

Carrera 64C # 48-188
Suramericana 5 local 101

Restaurante
EL ÁRBOL DE LA VIDA
Comida Natural

Teléfono: 2302522

Espiritu Libre
Arto del buen vivir

- Ecotienda - Restaurante vegetariano
- Mercadito saludable 100 % Colombiano
- Casa cultural

Cra 76 #32E - 32, Bolén Nogal
Tel: 4117253 / 319 329 62 09
casaespiritulibre@gmail.com
www.soyespiritulibre.com

f espiritulibre.com.co @ casaespiritulibre

Patricia Fuenmayor

Asesora en seguros
Tel. 3216402928 - 375 7300
patfuenmayor@hotmail.com

Un buen almuerzo es el
presagio de una tarde feliz.
Henry Miller

DESAYUNOS - ALMUERZOS - ALGOS
Lunes a Domingo
Cel: 322 499 6784

Calle 1 Sur # 32 - 93 El Poblado, Medellín
(atrás de 7 Sentidos)

322 499 6784 **Naranjo en Flor Café**

PIZZERIA CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Reservas: 254 45 10

Tienda & Cocina Vegetariana

Cra 45 (El Palo) #52 63
Edificio Palomar
Lunes a viernes 8:30 a.m a 7:00 p.m
Sábados 8:30 a.m a 4:00 p.m
Tel. 251 66 85

Construimos Sitios Web
para móviles y Apps

Piensa
hacia donde
diriges tu
estrategia...

Cohete.net

EMBUTIDO ARTESANAL

ítaea

GASTRONOMIA PERSONALIZADA
Carrera 42 # 54-60

ORACIÓN ATEA POR EL CENTRO DE MEDELLÍN

Cristo de La Veracruz bendito,
Virgen de La Candelaria,
San Francisco y San José.
San Ignacio y San Benito,
por mencionar unos cuantos
de la multitud de santos
que en el Centro tocan suelo,
comprendan el desconuelo
de los fieles del sector
que en cambio de mejorar
viven de mal en peor,
pues con tanta santidad
el Centro de la ciudad
debería ser el cielo.

Para arreglar nuestro Centro,
santas y santos queridos,
no nos manden más alcaldes
a estafarnos los oídos,
ni a sabiondos urbanistas
que por aquí no han vivido,
mucho menos policías:
ya hay suficientes bandidos.

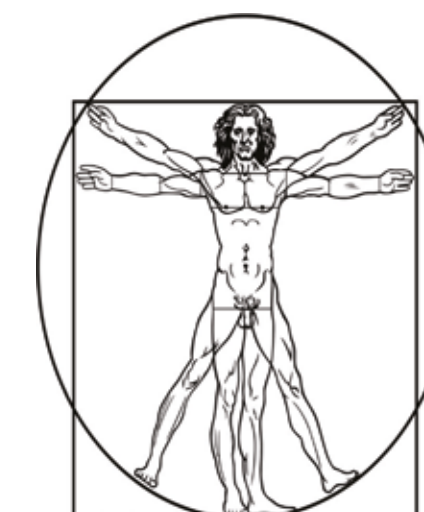
No obstante lo descreídos,
hoy les queremos rogar:
Protejan con sus poderes
este bendito lugar,
cobija de muchos parches,
multipropósito hogar.

* Para que tenga efecto, los fieles del Centro deben rezar esta oración mirando hacia el edificio de la Cámara de Comercio. De nada sirve rezarla mirando hacia La Alpujarra pues allá rezan por el Centro mirando hacia la Cámara de Comercio. De cualquier modo, al rezar en el Centro conviene mirar para todos lados.



John Jaramillo no estaba perdido, trastió
su parranda a la nueva esquina del Centro
en Caracas con Córdoba.

Boston Bar Café
Cra 42 con Cile 54 • Atendido por su propietario



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor
agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com



cinéfagos.net | 10 años

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas,
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

f /cinefagos.net @cinefagosnet

LA VIDA **SOCIAL** DEL **SISTEMA SOLAR**

PLANETARIO DE MEDELLÍN

NACIMIENTOS, SEPARACIONES, JUNTANZAS, CHOQUES, ADOPCIONES, HIJOS DESCONOCIDOS Y MÁS

HOY CERES, BULLING GRAVITACIONAL

Ceres es un planeta enano que no pudo crecer. Vive entre **Marte** y **Júpiter**.

Júpiter le hizo bullying gravitacional. Le impidió juntarse con **los asteroides** y por eso se quedó enano.

Pero desde la oscuridad del **Cinturón de asteroides**, donde también habitan **los cometas muertos**,

Ceres aparece imponente.

Similares a **los ojos de un gato**, dos brillos rotundos anuncian desde la superficie, su complejidad.

Visita el Planetario y el Parque Explora
La ciencia nos permite mirar, de otra manera.

www.planetariomedellin.org

parque **explora** | Bancolombia | Alcaldía de Medellín **Cuenta con vos**



Encuentro,
conversación,
pluralismo,
cultura.

**Claustro
Comfama**



comfama